

BUEN HUMOR

40 Céntimos



Ayuntamiento de Madrid

Dib. LINAGE. — Madrid.

- ¡Caray, señá Duvigis, qué dos angelitos tan iguales tiene usted! ¿Son gemelos?
— ¡Quiá; no, señoral! ¡Son botones!

CREMA RECONSTITUYENTE

LIDA

ES UN PREPARADO ÚNICO
PARA LA BELLEZA DEL CUTIS,
CON PROPIEDADES MARA-
VILLOSAMENTE CURATIVAS
Y RECONSTITUYENTES

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1. — MADRID

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Continuamos la publicación de los chistes recibidos para nuestro Concurso permanente.

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, **nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

— ¿En qué se parece un cajón a un boticario?

— Pues... en que los dos sirven p'astillas; esto es de cajón.

PINOCHO. — Tizzi-Azza (Marruecos).

— ¿Cuál es el hombre que no se acostumbra a dibujarlo con lápiz?

— El indio, que se dibuja siempre con plumas.

DR. ANÓNIMO.

— ¿Cuál es el colmo de un cura suicida?

— Tirarse un tiro con la e-pistola de San Pablo.

BENJAMÍN LÓPEZ. — Madrid.

Entre amigos.

— Oye, tú que eres empleado de Correos, ¿cuánto costará un sello de anti-pirina?

— Hombre, cierto no lo sé; pero debe de costar quince céntimos por ser para el interior.

SANTIAGO SANTACRÉU. — Madrid.

Entre aficionados.

— ¿Qué, no vas hoy a los toros, Serapio?

— ¿Yo?... ¡Ni pensarlo!... ¡Digo!... ¡Y con toros de Villalón!...

— No sé qué tiene que ver eso.

— ¿Que no? Pos, sencillamente, que el domingo pasado me la dieron con roquefort, y lo que es éste, no me la dan con Villalón.

J. S. SERNA PÉREZ. — Albacete.

— ¿En qué se parece un taco de jugar al billar a las botas de un futbolista?

— En que se gastan por la suela, jugando.

VILLANUEVA. — Tetuán (Marruecos).

En una tienda de telas.

LA COMPRADORA. — ¿Tienen ustedes glase marrón?

EL DEPENDIENTE NUEVO. — Está usted equivocada, señora... El marrón glacé es en la confitería de al lado.

VIBARAL. — Madrid.

Un forastero que había venido a la corte a pasar la fiesta de San Isidro, toma un coche de alquiler para que le conduzca a la pradera.

— ¿Cuánto debo? — pregunta al encontrarse en su destino.

— Dos pesetas.

— ¡Dos pesetas por un caminico tan corto! Mire — dice, metiéndose en el coche —: vuélvame a dejar en el mismo sitio desde donde me ha traído. No me conviene.

MASTO. — Madrid.

El premio del número anterior ha correspondido a **Les Angeles de Leac, de Oviedo.**

Ayuntamiento de Madrid

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

17. — Poema singular.

**T ITALIA
PLANTA MEDICINAL**

18. — Charada de testamentaria.

— No sé cómo consientes que *dos-cuarto* ese pobre muchacho por tus pedazos.

— Es que no me gusta ni pizca. Tiene toda la cara de un *tercia-tercia*, y además le da por el mosto.

— Pero el caso es que, así se encuentre en el paseo o en el baile con cien muchachas guapísimas, no se *tercia-cuarto* más que contigo.

— Pero no es por mí, Margarita, ¡es por mi todo!

19. — Residuo.

**Z
UNO**

20. — De la historia antigua.

— No me explico que puedas con ese *prima-tercia*.

— Efectivamente. Hay días en que cada *primadito* me quita un año de vida. ¡Hay cada escalera!

— Limpíate esa *tercia-dos* y toma un trago. Descansa.

— Sí. ¡No es mal descanso!... Ahora termino y voy a dar clase. Hoy llevamos una lección de *todo* que quita la cabeza.

21. — Fastidio.

BEBIDA AROMÁTICA

5010

CUPÓN NÚM. 4

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de junio.



EL MAESTRO. — *¿Conque tu padre es mozo de cuadra, y tú no sabes lo que es una brida? ¿Qué pone tu padre al caballo todos los días?*

WILLIE. — *Un cheín cada vez.*

(De London Mail, de Londres.)

22. — Pendencia.

La bella señora M. A. ha
metido la tenacilla en un
bucle destrenzado de su ni-
ña y lo perfecciona.

OROS COPAS

ESPADAS

BASTOS

Para las condiciones de este
Concurso, véase nuestro
número 79.

NUESTROS PREMIOS

El billete y medio de la Lotería Nacional elegido para los dos primeros premios de nuestro Concurso de mayo corresponde al número **30.851**, para el sorteo del día 2 de julio próximo.

CUPÓN

correspondiente al número 82
de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

Ayuntamiento de Madrid

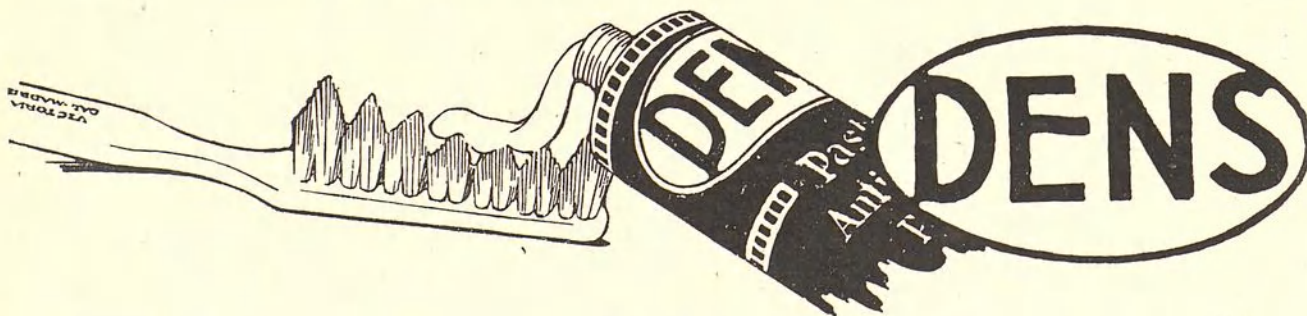
Visite Ud. al Dentista
 todos los años
 y use Ud. PASTA DENS
 todos los días



Error es acudir al dentista únicamente cuando duelen las muelas ó lo exige el mal estado de la boca.

Visítele Vd. por lo menos una vez al año, para que repase lo que convenga; y el dentista le aconsejará que use todas las

mañanas la Pasta Dens y se enjuague con Elixir Dens después de cada comida, para conservar la dentadura sana, limpia y brillante. Una bolita de algodón empapado en Elixir Dens calma en el acto el dolor de muelas.



La composición de esta pasta no es un misterio. La Pasta Dens es una crema jabonosa, de sabor agradable, aromatizada con menta dulce de buena calidad.

Ni piedra pómez, ni jibia, ni drogas de efecto dudoso ó nocivo. Limpia el esmalte dental con la suavidad de una esponja, no lo raya con la aspereza de la lima.

Tubo 1,50 en todos los comercios de España.-Perfumería Gal.-Madrid.

Ayuntamiento de Madrid



LAS DEBILIDADES DEL SEÑOR CONDE



Yo ya sabía que el conde de Villaclara era un apasionado del arte. Me lo presentaron una noche en un viejo café de barrio muy concurrido por poetas melencólicos y otros bipedales cultivadores de la fantasía. Un café en el que se podía cortar el romanticismo en el aire...

Aquella noche se charló de todo: se criticó, se exaltó a éste, se hundió a aquél.

Cuando ya nos despedíamos, el conde de Villaclara me rogó que visitara su estudio. Yo olvidé tal invitación; pero hace unos días nos encontramos en la calle de Sevilla y no pude zafarme. Iba el conde con Julio, un íntimo amigo mío, y quieras que no tuve que ir con ellos.

— Verás las obras del conde y te convencerás del enorme artista que lleva dentro — me dijo.

Porque ya se me olvidaba decir el punto flaco del señor conde de Villaclara. El señor conde de Villaclara... Si; ya he dicho que es un apasionado del arte; pero no hasta el extremo que lo es. El señor conde no es un simple admirador. El señor conde blasona de artista. Blasona de artista sin desdeñar ni con mucho la pura sangre azul que corre por sus venas... Blasona de artista. ¿Y qué es? ¿Pintor? ¿Poeta? ¿Escultor?... Todo a la vez. Admira ver cómo el señor conde versifica, pinta, esculpe... ¡Ah el señor conde!

Todo esto sabía yo, camino de su casa, ese día de charla amigable con él y con Julio.

Dos palabras para Julio: Julio es lo que suele llamarse *un viva la Virgen*. En nada trabaja, no se le conocen bienes de fortuna, y él vive y triunfa que es un portento, con su porte elegante y su chispeante ingenio.

Llegamos a casa del señor conde... ¡Magnífica mansión! Pasamos al estudio. En el cen-

tro, un caballete de pintor, sobre el que destacaba sus briosas tonalidades un retrato a medio acabar.

— Vea usted este retrato — me dijo el conde. Y con gesto displicente: — Me faltan unos brochazos para terminarlo del todo...

¿Qué si valía la pena? Aquel retrato me entusiasmó.

— ¡Magnífico! — exclamé ante la satisfecha sonrisa de mi amigo y del conde —. ¡Es sencillamente magnífico!...

— ¡Pues mira este busto! — me hizo observar mi amigo Julio —. ¡Fíjate qué maravilla!...

Fuí hacia un rincón, donde el busto estaba cubierto por un paño mojado que mi amigo quitó cuidadosamente. Era de un niño. Una cabeza primorosa por la delicadeza de los rasgos... Una dulce

trabazón de líneas... Me enfasqué en la contemplación...

Cuando más embelesado estaba, entró un cuarto personaje en el estudio. Un hombre de unos cuarenta años, de bigote de largas guías y barba cuadrada. Sin saludar a nadie se desprendió de la americana, la colgó en una percha, se vistió un largo blusón manchado de colores, requirió varios pinceles, una paleta y... ¡y se puso a pintar en el retrato de magníficas tonalidades que había en el centro del salón!...

Yo quedé estupefacto y miré al conde, que, sin darle importancia a Sevilla ni al Guadalquivir, vino hacia mí sonriente y me espetó:

— ¿Ha visto usted otro busto de niño igual a éste?... Mañana o pasado lo más tarde lo dejaré terminado...

— Es admirable — le dije cortado, como si fuese yo el que estuviese en el desairado lugar del conde.

Mi amigo Julio contemplaba absorto el cielo a través de los cristales de un gran ventanal.

— Pues ahora va usted a oír dos o tres momentos de la partitura de una ópera, cuyo libreto ya he terminado... Me falta muy poco para acabar de instrumentarla...

En una habitación contigua al estudio — que por la puerta abierta no perdíamos de vista — me colocó el conde los inspirados momentos de aquella maravillosa partitura... Entretanto, un quinto personaje irrumpió en escena. Un muchacho delgado, modestamente vestido, que entró en el santuario donde el conde pintaba y esculpía, colgó su sombrero en el extremo de una lanza sostenida por un feroche guerrero y... ¡comenzó a trabajar en el busto de niño de líneas delicadas!...

Terminó el conde su partitura, que ejecutó en un piano con la mano derecha, pues en aquel momento no tenía ganas de tocar con ambas manos ni con todos los dedos... Así además tenía más mérito el entu-



Dib. SILENO. — Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

siasmo que de mí se apoderó por aquellas inspiradas melodías...

— Son mis obras, ¿eh? — me dijo el conde, satisfecho por el efecto causado en mí.

Mi amigo Julio, el conde y yo salimos del estudio, donde quedaron aquellos dos individuos ocupados en el cuadro y la escultura a punto de ser acabados por el conde.

Pasamos a un salón. Yo iba inquieto, pues temía que de un momento a otro apareciesen un músico y un literato para terminar la música y el libro que el conde había compuesto.

El conde nos invitó a unas copitas de Jerez y unas pastas. Ya estábamos a punto de marcharnos, cuando se abrió una puerta y apareció en su vano una hermosa dama.

— Mi señora — me presentó el conde. Y añadió: — Aquí, Julio, es amigo de casa hace tantos años...

No habíamos cambiado las primeras frases de cortesía con la señora condesa, casi había tenido tiempo de comenzar a admirarla, cuando he aquí que se presenta ante nosotros un robusto chico de unos cinco o seis años.

— ¡Hombre! ¡Augusto! — exclamó el conde —. ¡Mire! ¡Mire! — dirigiéndose a mí —. ¿Qué le parece a usted este chico? ¡Es mi hijo!...

Y se me quedó mirando a los ojos, no sin que antes yo sorprendiera un cambio de sonrisas entre la condesa y Julio.

— ¿Qué? — insistió el conde —. ¿Qué le parece?

Y le contesté acariciando al pequeño: — ¡Magnífico! Amigo mío, un hermoso chico... Por supuesto, se trata de una obra suya, de su mejor obra...

— ¡Qué caramba! ¡Cada cual tiene sus manías! — me dijo a la salida Julio —. El conde tiene sus debilidades...

— Y la condesa tiene, por no ser menos, las suyas. — terminé yo.

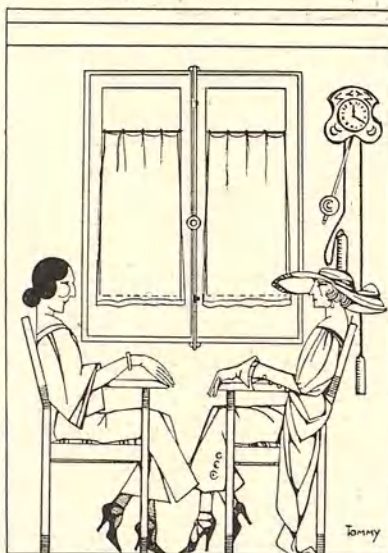
Julio se echó a reír. El bandido...

TRISTÁN ALEGRÍA



Dib. MONDRAGÓN.

— ¡Maldito gato!... Puedes dar gracias a que tú tienes siete vidas y yo una sola bala...



Dib. TOMMY.

— Me he comprado este sombrero a disgusto, y ahora me pesa.

EL SUPERSTICIOSO

Como todos los domingos, a pesar de su deficientísima posición económica, en vez de emplear el dinero en arreglar sus raídos ternos, marchó a visitar una desconocida capital cercana.

Durante el viaje, contra la norma general en cuentos y novelas establecida, no encontró nadie con quien hablar.

Ni sufrió, para mayor asombro suyo, retraso alguno en el trayecto.

No chocó tampoco ni descarriló siquiera, alterando de esta forma los cánones sancionados por un largo historial.

— Esto es muy raro — se dijo intranquilo.

La diligencia le condujo a la plaza más importante del pueblo. En el recorrido, el mayoral no hizo uso de su meritísimo léxico.

— ¿Qué pasará hoy? — se preguntó a sí mismo.

La plaza del pueblo no se llamaba plaza de la Constitución.

— Estas nimiedades son, sin duda, un aviso — pensó — de que algo grave se cierne sobre mi cabeza.

Porque tenía la original creencia de que todas las desgracias habían de anunciarse en forma de anomalías previas.

Por ello no se encontró sereno hasta que en la fonda le dieron mal de comer.

— Ya estamos dentro de la realidad — afirmó satisfecho.

Pero durante el día un sin fin de cosas raras le acaecieron.

El pueblo no tenía catedral, la banda del Municipio no desafinaba, un periodista era dueño de la casa más lujosa

Ayuntamiento de Madrid

de la localidad... ¡Oh, demasiado sospechoso le parecía aquello!...

Para mayor rareza encontró a un melquiadista.

Con ello su inquietud subió de punto. Y es que sufría el influjo de las supersticiones.

Lo que desentonaba del común ambiente producía en su ánimo emoción intensa, juzgaba funesto presagio su manifestación y temblaba ante lo que pudiera venir en perspectiva.

Aquel día juzgó necesario contrarrestar la novedad de lo sucedido con la comisión de algo que hiciera siempre.

La satisfacción de las imprescindibles necesidades, vulgaridad máxima de la existencia, no compensaba la inagotable peculiaridad de los acontecimientos vividos.

Pasó una noche de horrible insomnio en el lecho de la fonda... ¡Una noche sin chinches, sin mosquitos, sin pulgas indiscretas!...

¡Jesús! ¿Qué iría a pasarle?...

— No, no — repitió a la mañana siguiente —. Adoptemos una resolución si no queremos ser víctimas de inminentes peligros. Busquemos un acto cualquiera ordinario y acostumbrado que realizar. ¿Cuál? Eso es lo difícil.

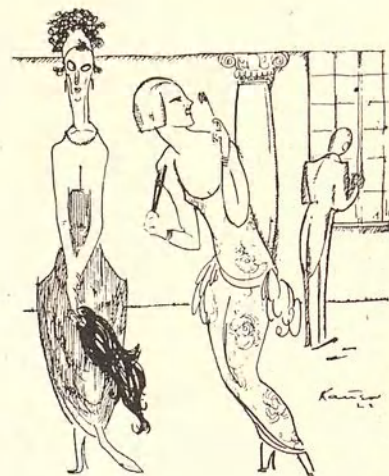
Buscó diez y quince minutos la salida salvadora de su psicológico conflicto, deseoso de conjurar la desdicha en ciernes.

Al cabo de ellos dióse una palmada en la frente.

— ¡Ya está aquí!...

Y se marchó de la ciudad sin pagar el hotel.

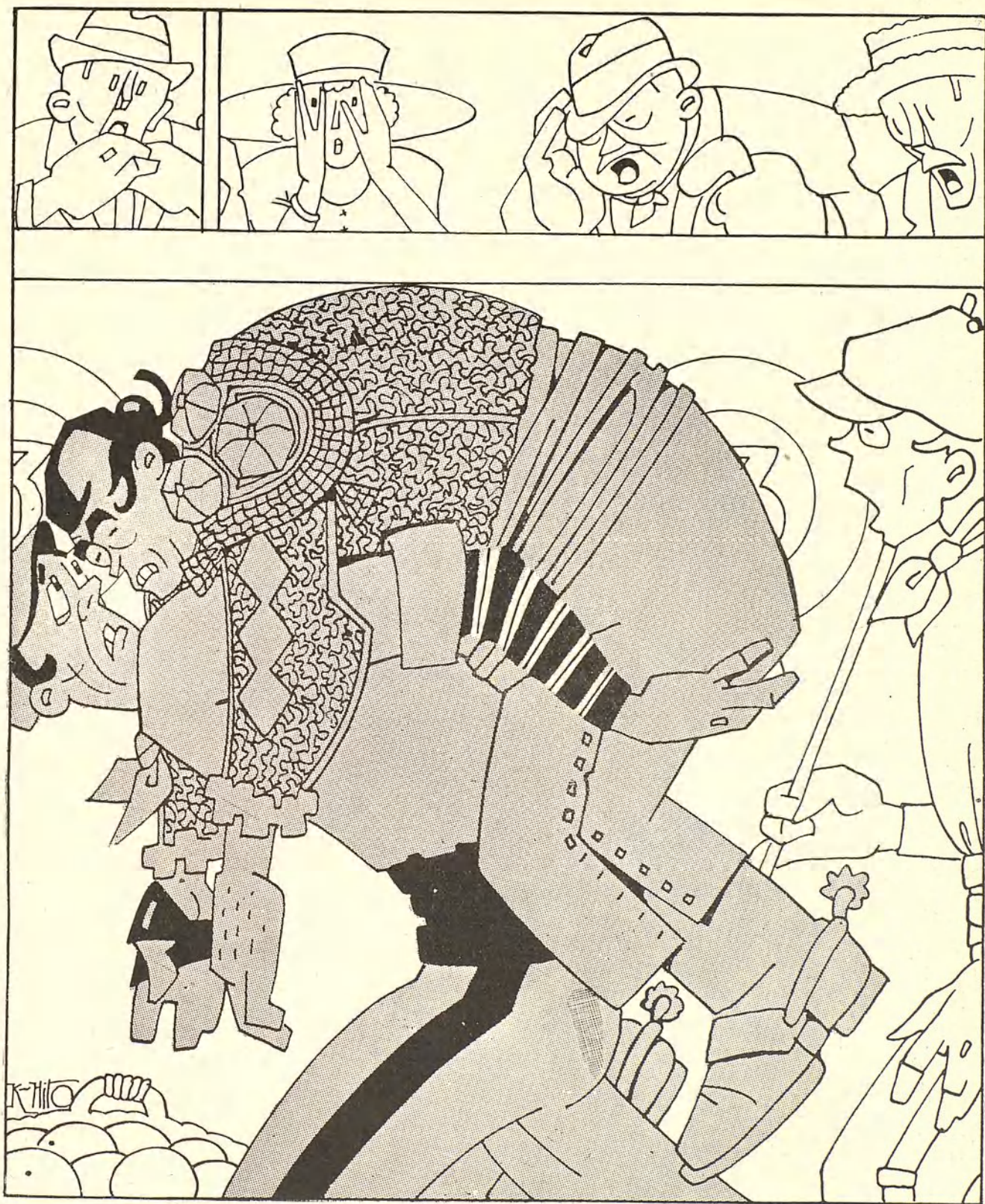
JOAQUÍN CALVO SOTELO



Dib. KAÑO.

— ¿Por qué te has enfadado con El Duende de los Salones, que es un muchacho tan fino?

— Porque es un grosero. Me ha dicho: «Usted, marquesa, eternamente joven.»



Dib. K-Hiro.— Madrid.

— Vamos, maestro, vamos corriendo a la enfermería.
— ¿A la enfermería? No; a la estación.

Ayuntamiento de Madrid

EL INFATIGABLE GREENFORD

por HELIODORO CARPINTERO

RECOMENDADO POR EL JURADO DE NUESTRO CONCURSO DE CUENTOS HUMORÍSTICOS



Toda la Prensa neoyorquina publicaba en lugar preferente el fallecimiento de Greenford, el periodista insigne, que había logrado llegar a la cumbre risueña del éxito desde los fondos sociales más pobres y depravados.

Todos los editoriales pertenecían a esa benemérita literatura de exaltación juvenil que se lee en las escuelas dominicales, entre las reflexivas consideraciones de sus directores.

En su niñez, Greenford habíase dedicado a los más diversos oficios. Recogió la basura de cierta calle de los suburbios de Boston; ingresó más tarde en un bar que carecía de pianola, en Montreal; allí organizó una modesta compañía dramática encargada de la alta misión de entretener a los vecinos de los pueblos cercanos.

Después... Greenford era bueno, cumplía sus deberes; no bebía, excepto cuando le convidaban, y esto último bien se le alcanzaba que ocurría rara vez.

Llevaba tan grabada en su alma esta bondad, que no se permitía ni la inexcusable expansión de su ánimo, en momentos de agobio, con esa porción de palabrotas que tan sedante resultado había visto producir en los exaltados espíritus de sus compañeros de Boston.

Con semejante bagaje, natural es que Greenford triunfara. Y Greenford triunfó.

De actor pasó a periodista — él, en su intimidad, aseguraba que realmente no había variado de profesión: variación de expresión tan sólo —, y ya en el periodismo, sus triunfos se sucedían con los días.

El secreto de aquel éxito lo encerraban dos palabras: actividad y constancia.

La dirección del *The New-York Tribune*, con ser tal que ella sola hubiera bastado para consumir las energías de cualquier hombre corriente, era, sin embargo, carga fácil para Greenford.

El, en fin de cuentas, era un buen americano.

En su despacho del *New-York Tribune* pendían de sus paredes una multitud de sabias máximas. «Machacá el hierro mientras esté caliente.» «¿Amas la vida? Pues no malgastes el tiempo, porque es la tela de la vida», rezaban entre otras.

De Greenford se narraban hechos extraordinarios.

Desde su despacho había sido capaz de sostener una conferencia telefónica con el corresponsal financiero en Washington, al propio tiempo que dictaba dos cartas a sendas gráciles mecanógrafas y redactaba un profundo estudio acerca de «Nuevas luces sobre la raza aborigen de Nueva Zelandia», todo ello salpicado por el desayuno que su fiel ayuda Soms, interesado por su salud, le obligaba a tomar, mientras él lustraba unas venerables botas, venerables por guardar unos pies que no tenían más voluntad que la voluntad de Greenford, su único propietario.

Momentos más tarde, aquellas botas que Soms había limpiado con esmero se deslizaban raudas por calles y avenidas, subían a un taxi, se apeaban, se



elevaban en un ascensor hasta un vigésimo piso, descendían a una mina, pisaban las ricas alfombras de las opulentas casas, se ensuciaban en los escombros de una fábrica a la que la catástrofe convirtió en tema periodístico.

Indisolublemente unido a aquellas andariegas botas marchaba el cuerpo, y con este último el alma de Greenford.

Era activo porque sí, por naturaleza, acaso inconscientemente, de igual modo que tú — lector amable — como yo gustamos hasta el infinito de las delicias inefables que nos produciría un billete de mil pesetas.

Sin embargo, Greenford murió. Murió con él el basurero bueno de Boston, que acudía diligente a las escuelas dominicales; él, que ahorraba un penique para dedicarlo a la compra de ejemplares historias de grandes hombres, historias que había él de aumentar con la de su propia vida.

Nadie, pues, se extrañará de que la Prensa toda de Nueva York diera cuenta de la irreparable pérdida que el periodismo americano sufría con la muerte de Greenford.

Lo que la Prensa dejaba de consignar, por ignorarlo, era que Greenford había tenido fácil acceso en el cielo. La historia de su vida afectó hondamente al Tribunal Supremo, el cual no vaciló un



Ayuntamiento de Madrid

instante en admitirle en el seno de sus amigos por eternidades de eternidades.

La novedad del celestial espectáculo agradó vivamente al alma de Greenford, el que gustaba de aquilatar las coincidencias y disparidades entre la realidad y las páginas que allá en la Tierra, algún tiempo antes de vivir él allí, escribiera un mortal: Dante Alighieri.

El parangón lo había hecho multitud de veces; las últimas, con la repetición, habían relajado notablemente el interés. Además, correspondió a su alma por compañera el alma de cierto señor que fué farmacéutico en un pueblecito de la serranía de Cuenca, allá en España, con el cual le fué imposible su proyectado intercambio espiritual. Un día se confesó atribulado: «Me aburro.»

De buena gana hubiera él allí formado un periódico encargado de pregonar las divinidades del Supremo Hacedor, por medio de la linotipia. «Por más — continuaba Greenford — que aquí no existe el dolor, y el dolor es vida humana, pero vida al cabo.» ¿Periódico sin vida? ¿Vida sin dolor? Que se lo preguntaran a aquel simpático basurero de Boston, o a aquel otro comediante que paseaba su dolor y su arte por los pueblecillos cercanos a Montreal...

Por fin, un día se atrevió. Solicitó y obtuvo permiso para hacer entrevistas en la divina mansión. No era tan fácil como a primera vista pudiera parecer semejante tarea.

Allá en la Tierra — bien lo recordaba —, la gracia de sus reportajes estribaba en lo problemáticos que resul-



taban. Las vidas le habían confesado: «Esto fui; esto quiero ser. ¿Lo seré?» Y el enigma inquietante daba un sabor agri dulce a sus páginas.

En el cielo, por el contrario, no existía presente ni porvenir. Todo era una misma cosa: eternidad.

Se lanzó a sus trabajos con entusiasmo. La obligada pregunta que en la Tierra se hacía: «¿Dónde nació usted?» aquí, se transformaba en esta otra: «¿Cómo murió usted?» Y aquella otra: «¿Cuál cree usted que será el porvenir de tal

cosa?», por esta otra: «¿Qué le pareció el pasado?» Pasaba el tiempo, y el alma de Greenford se sentía víctima de su propio espejismo.

Muchos de sus interrogados habían sido hombres inalterablemente buenos, hombres pasivos que habían sufrido las tropelías de sus contemporáneos. Celosos guardadores de sus almas, habían trabajado humildes su pan, ahorrado unos peniques para los pobres, escuchado las pláticas del rector de su parroquia. Vidas tersas, suaves, anodinas.

Había otros cuyas vidas habían tenido dos partes, y que ellos, con buen acuerdo, evadían diplomáticamente toda alusión a la primera de dichas partes.

Y Greenford, el infatigable, seguía aburrido.

Un día le asaltó la idea, y la rechazó en seguida, cual si de ángel malo procediera.

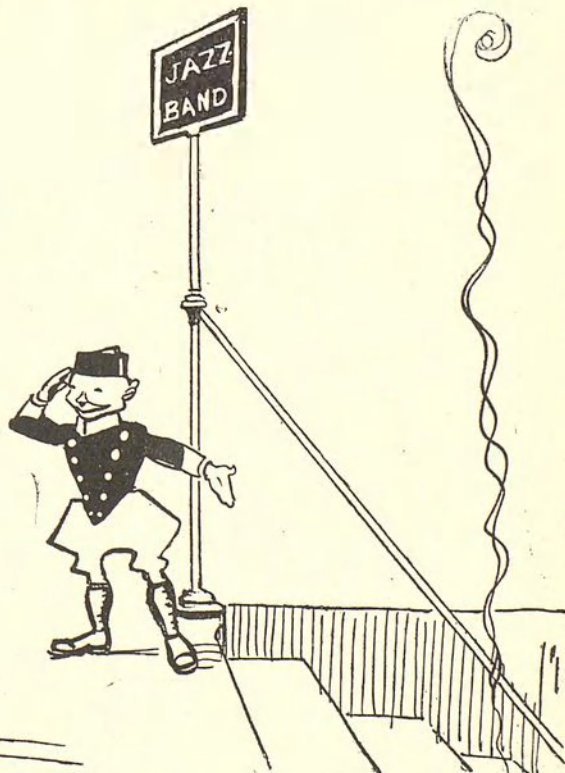
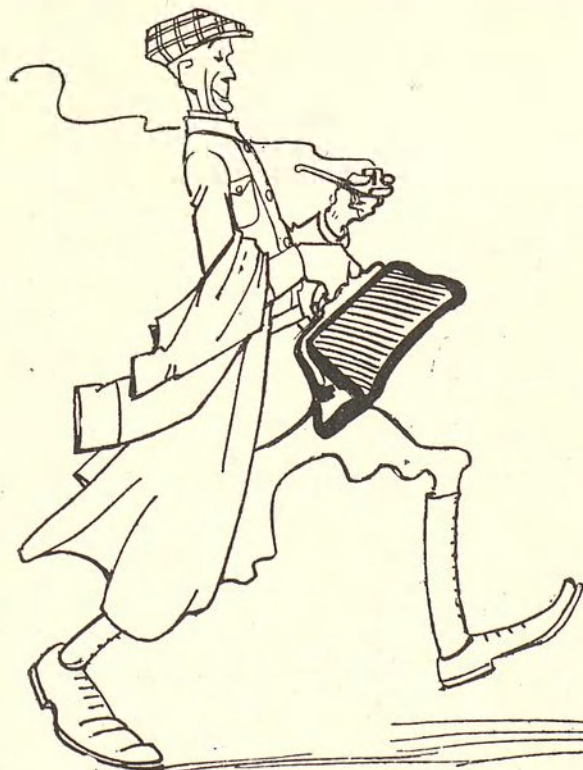
Variedad de tipos; ¿dónde más variedad?

Allí tantos que en la Tierra había él dado el calificativo de bondadosísimos; allí tantos que en la Tierra habían sido los príncipes del comercio, de la industria, de la bolsa y de las letras.

Allí, en curiosa mezcolanza.

Y entonces, olvidando al basurero bueno de Boston, sintió el director de *The New-York Tribune* el peso de su vergüenza y de su necesidad, y trémulo y anonadado se dirigió cierto día al Señor en demanda de un favor, diciendo: «Señor, déjame bajar un ratito de vez en cuando al infierno.»

Dibujos de Areuger.



POR PURA DISTRACCIÓN

Los pueblos *rurales*, como decía Berúlez para diferenciarlos de los pueblos *ciudadanos*, son una verdadera delicia.

Lo primero que le ponderan a usted, si usted tiene la mala ocurrencia de caer en uno de estos pueblos *rurales*, es la vida sana.

— Aquí ya verá usted qué aires, ya verá usted qué alimentos, ya verá usted qué vida.

Y se queda usted a ver qué vida. Pero al día siguiente nota usted un verdadero movimiento sindicalista en el vientre, entre el chorizo único y la lenteja libre, que le hacen aborrecer la alimentación sana.

Entonces le explican a usted que eso le pasa a todos los forasteros que *vienen de fuera*; pero que en el momento que usted se acostumbre a aquella vida, le ha de parecer la mejor del mundo.

Claro que usted no se lo cree, y comienza a tratar con cierta diplomacia a aquellos alimentos xenófobos.

— Lo que no encontrará usted aquí son esas distracciones de Madrid: teatros, cines, *cabarets*; pero aquí no crea usted que nos faltan diversiones.

— Ea, vamos al casino de la tía Troncho y echaremos una partida de *chamelo*, y luego verá usted cómo se divierten los mozos. Cosas de gente joven.

Va usted al casino de la tía Troncho, y como usted, seguramente, no sabe jugar al *chamelo*, y además está acostumbrado a jugar, si juega, con sus amigos, que son personas educadas, acepta la partida por pasar un rato y porque no crean los indígenas que usted los desprecia.

Pero a la segunda jugada los indígenas se han dado cuenta de que usted no sabe jugar y le roban descaradamente. Usted se resigna: qué ha de hacer...

Discretamente procura usted poner fin a la partida para ver en qué consisten las diversiones de los mozos, y le dicen a usted, entre grandes risotadas:

— Todos los forasteros son ustedes lo mismo. Mucho querer ver cómo se divierten los mozos, y aluego to son garrambinas de que si semos brutos.

Estas manifestaciones le sientan a usted peor que el chorizo, con los precedentes que ya tiene usted de esta gentecita.

Llega la noche, y como en el pueblo no hay más alumbrado que el que facilita la Luna, y esa noche está en huelga, sale usted dando tras-

piés por aquellas callejuelas en dirección a la plaza, que es donde ha de reunirse con sus acompañantes para ir a divertirse un rato, y al pasar por una callejuela da usted un puntapié inadvertidamente a un puchero, y comienza un tiroteo que se cree usted transportado al Marne.

Oye usted el silbido de las balas, y como ignora usted a qué se debe la refriega, sale usted por pies, si no tiene la desgracia de que le alcance un proyectil.

Al final de la calleja le aguardan a usted sus amigos en medio de la juerga más desenfrenada.

Usted se rehace un poco del susto llevado y pregunta que le expliquen todo aquello.

— Tíe mucha gracia — dice uno.

— Y eso que a usted no le han atinado — añade otro.

— Porque no estaba el *Chinarro*; que si no... — argumenta un tercero.

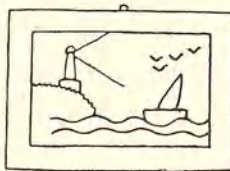
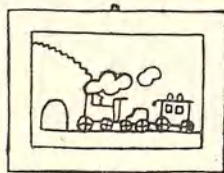
Por fin se entera usted de que la distracción de los mozos consiste en colocar en el suelo una olla, y, emboscados en una taberna, aguardar a que usted pase.

Si al pasar no tira la olla, no le ocurre nada; pero si la tropieza usted, llueven sobre su persona las balas.

La gracia está en herir al forastero para que prorrumpa en ayes. Muchas veces le cuesta la vida.

Pero todo eso crea usted que lo hacen los mozos sin mala idea. Por pura distracción.

A. MARTÍN BECERRA



Dibujo de SE.

— ¿Por qué mordió Eva la manzana?

— Porque no tenía cuchillo para partirla.

Ayuntamiento de Madrid

CUPLETERÍAS ENTRE MAMÁS

— ¡Adiós, doña Trinil!

— ¡Hola, buenos días! Tanto gusto...

— ¿Qué cumplimientos son esos? ¿No se acuerda usted ya de mí?

— Me parece recordar... Su cara no me es desconocida.

— ¡Claro que no! ¡Pues así que no hace años que nos conocemos! Desde que vivió usted en el pasadizo de las Tabernillas.

— ¡Ah, sí! Ya caigo. Usted es la señá Celes, la portera.

— La misma que viste y que calza en los mejores comercios de Madrid.

— Ya, ya veo que va usted hecha un brazo de mar. ¿Le ha tocado a usted la lotería?

— No juego. ¿Pa qué? ¡Mientras me viva la chical...

— ¿Se ha casado bien?

— ¿Se quíe usted callar? ¡Golosos están los hombres! Hoy la que se enyuga matrimonialmente es una prima con iluminación a la veneciana. Mi chica, sin necesidad de pantalones, se gana toos los días los *jayeres* a espuestas.

— ¡Ah, sí? ¿Qué se ha hecho?

— Pues se ha hecho la cuenta de que en el mundo la vergüenza no da sustancia al cocido, y de que los encantos naturales que Dios le da a una, son pa que una los explote, sin el permiso de la autoridad eclesiástica. ¿Está claro?

— No mucho.

— Pues hija, me parece que la cosa está como pa que la entienda hasta un guardia del Ayuntamiento. Quíe decirse, que mi Paca, después de hacerse esa cuenta, se ha hecho otra cosa.

— ¿El qué?

— Cupletista.

— ¿Y gusta?

— Muchísimo. ¡Como que ya es *estrella*!

— ¿Será posible que la Paca...?

— ¡La pura, doña Trinil! ¡Si usted la oyera cantar!...

— ¿Pero tiene ya voz?

— La suficiente pa armar el escándalo en las tablas.

— ¿Dónde se la impositaron?

— En un taller de carpintería. Ya sabe usted que mi marido fué siempre un arrimao a la cola. ¡El trabajo que nos costó convencerle! Al fin se ha decidido...

— ¿Y dió el consentimiento?

— Con sentimiento, sí, señora; pero le ha dao. No le pesa. ¡Si viera usted lo bien que se ha puesto desde que dejó la garlopa! ¡Así está él, que no coge el cepillo ni pa limpiarse!

— Y diga usted, señá Celes,

¿cómo la llaman a su chica en el mundo del arte?

— Al principio la llamaron la mar de cosas; pero al fin, gracias a uno de esos que escriben en *los papeles*, que sabe ponerle nombres raros a too, la Paca ya no es la Paca, sino la *Eva Sión*. ¿Verdá que es bonito mote?

— Precioso. ¿Y gana mucho?

— Treinta y ocho pesetas la daba hace poco el empresario de Maravillas por cantar en el último número del programa.

— ¿Y ha cantado?

— ¿Por treinta y ocho pesetas? ¡No, hija! La *Eva Sión* tie que darle un tute a la Raquel, y mientras no tenga las cuarenta no pue cantar. Y su hija de usté, ¿se casó con aquel teniente de la Armada?

— No, señora.

— ¿Qué pasó?

— Puede usted figurárselo. La historia eterna. Una noche, para sonsacarle, le pregunté la edad que tenía. El me dijo que pasaba de los treinta; yo, con muy buenas palabras, le di a entender que la iglesia le llamaba.

— Y él, ¿qué contestó?

— Que como era *teniente*, no se había enterado.

— ¡Valiente granuja! Por supuesto, lo mismo que toos. Si me lo dice a mí, le armo la gorda.

— ¡Menuda fué la que le armé yo! ¡Pero sí, sí!... El de la Armada, a pesar de las cosas que le dije, se quedó tan fresco.

— No me choca. Esos tíos de la Armada, como aguantan *la mar*, no se alteran nunca.

— Excuso decirle que mi niña rompió con el de las estrellas para siempre.

— Y ahora, ¿qué hace?

— Pues ver las *estrellas* y procurar imitarlas.

— ¿Se metió también a cupletista?

— Sí, señá Celes. En el pasadizo lo pasábamos muy mal, y...

— ¡Bien hechol... Así vivirá más tranquila y respetá por too el mundo.

— ¡Ay!... No lo crea usted. ¡A la pobrecita me la dan cada *meneo* en el teatro!...

— ¡Bah!... Too es acostumbrarse.

— Me parece un poco duro acostumbrarse a que la pateen a una.

— No crea usté que eso lo hacen con una sólo. Lo hacen con casi todas.

— Sí; pero mi pobre hija... ¡Ella, que tiene el canto aprobado en el Conservatorio, y soñaba con ser del Real y ganar una fortuna como tiple ligera!...

— Más ligera pue que lo gane en las *variétés*. Y eso que pa ello tropieza con un inconveniente muy grande.

— ¿Que tropieza?... ¿Con qué?...

— Con el canto. Eso de haber estudiado y saber cantar bien, es un defecto muy grande pa llegar a ser cupletista.

— Sí, ¿verdad?

— Sí, señora, sí. Y si no, fíjese usté en las tiples *operarias* y zarzueleras que

se han pasao a la cupletería pa ponerse moños, y verá usté cómo a todas las han dao pa el pelo.

— Veracísimo, señá Celes. El arte de la canción es muy difícil.

— No lo crea usté. Hoy, pa ser *estrella*, basta tener tres cosas: muchos trajes de los caros, un amigo cariñoso que los pague y otro que la bombee toos los días en la Prensa.

— Yo opino que tener esas tres cosas no es bastante. Hay que no tener otras tres.

— ¿Que son...?

— Educación, voz y vergüenza.

— Conformes, sí, señora. Ahí tie usté a la bella *Lechuguita*, que andaba muerta de hambre, y desde que cayó, según dicen, con don Dimas, el juez municipal, presume de *autos*. Y es que hay caídas que levantan. ¿No le parece, doña Trini?

— Paradójico, pero irrefutable, señá Celes.

ADOLFO SÁNCHEZ CARRERE



URIBE

Dib. URIBE. — Madrid.

— Es lo más nuevo que hay.

— Sí; pero perderá el color en seguida.

— No lo crea; hace diez años que lo tenemos en casa y no ha mudado nada.

Ayuntamiento de Madrid

SUCESOS DE LA SEMANA

Extraña denuncia. — La portera de la casa número 70 de la calle de Válgame Dios se presentó ayer en el Juzgado de guardia con el fin de exponer sus temores de que al inquilino del piso tercero le hubiese sucedido alguna cosa grave, pues hacía siete días y siete noches que no salía a la calle, y que, a pesar de las veces que habían llamado a la puerta, no habían recibido contestación del ocupante del cuarto, que además de cuarto era tercero, como ya hemos dicho.

El juez dispuso inmediatamente una visita al piso en cuestión; y como si se tratase de una visita de cumplido, se puso chistera y todo. Un cerrajero, avisado al efecto y a las tres en punto, violentó la entrada de la habitación, y ante los ojos de las autoridades y de los vecinos se ofreció una escena poco menos que aterradora. El inquilino, en paños menores (más que menores, párvulos),

estaba haciendo pajaritas de papel, mientras se enfriaba una taza de flor de malva que tenía sobre la mesa. Interrogado por el juez, manifestó que hacía siete días que no salía a la calle por la sencilla razón de que estaba haciendo un tiempo infernal, y cuando no llovía granizaba; y lo mejor que podía uno hacer era estar en su casa, y más encontrándose acatarrado como él; añadiendo que no había abierto cuando llamaba la portera porque era primero de mes y esperaba el recibo del casero, y no lo podía pagar por varias razones, una de ellas porque no tenía dinero ni de donde le viniese.

El juez tomó buena nota de todas estas manifestaciones y decidió retirarse, no diremos que con el rabo entre las piernas, porque no es verdad, pero sí diremos que mucho más corrido que la barba de Maura.

La portera, en cambio, se quedó, insultando al inquilino, como es natural.

Y hemos dado esta noticia a los lectores, porque no disponíamos de otra más importante. Realmente, es que no pasa nada que merezca la pena.

Suicidio de un industrial. — Ayer se suicidó, tomando una disolución de churros calientes, el conocido propietario de la Empresa de carros de mudanza *La Velocísima Gallega*.

Las causas del suicidio hay que buscarlas en la absoluta carencia de mudanzas que hay en la actualidad, en que la crisis de la vivienda mantiene a los vecinos de Madrid mucho más inmóviles que una esfinge, y una Empresa de carros de mudanza en estas condiciones es una catástrofe que no puede terminar más que con el suicidio.

El interfecto dejó escrita una carta en la que decía al juez que se culpase de su muerte a la Asamblea de la Edificación y a la Comisión de Casas Baratas, que no hacían nada por remediar el problema, y rogando que su entierro se verificara precisamente en un carro de los de su casa, tanto porque hoy resultaba más fú-

nebre que las carrozas, como porque así saldría a la calle siquiera una vez y lo vería la gente, lo cual podía ser un anuncio conveniente para sus herederos por si acaso alguien decidía mudarse algún día.

Verdaderamente, el único que se ha mudado ha sido el dueño de los carros de mudanza (¡oh paradoja cruel!), que desde su antigua casa ha tenido a bien trasladarse al cementerio del Este.

Deseamos que en su nuevo domicilio le vaya mejor que en el otro.

Conato de incendio. — En un estanco o expendeduría de tabacos (es igual) de la calle de Cabestreros se declaró anteayer un incendio por haberse producido un cortocircuito y haber hecho presa las llamas en un gabán del dueño que tenía en una percha.

El incendio terminó antes de la llegada de los bomberos, pues al llegar las llamas a los estantes y cajones que contenían los puros, las cajetillas de cincuenta y las cajas de cerillas, no consiguieron hacerlos arder, y se consumieron (las llamas y su paciencia) antes de arrancar una sola chispa al tabaco y a los fósforos.

Esto nos sugiere una idea: en los grandes incendios sería preferible que los bomberos arrojasen por las mangas tabaco en polvo en vez de agua, y se extinguirían los fuegos mucho antes.

¿Hace?...?

Hace la mar de tiempo que yo lo tenía pensado, y hoy me he decidido a decirlo por si hace.

Una riña. — Ayer se pegaron de cachetes dos mujeres de vida airada porque una de ellas se permitió decir a la otra *Por ahí te pudras*. No sé qué alusión vería en esto la buena mujer (mejor dicho, la mala mujer), que se abalanzó a su contraria y le atizó tan furibunda bofetada que la desfiguró el rostro, de tal manera, que de fea que era la volvió preciosa.

La agredida se limitó a dar las más expresivas gracias a su contrincante, y el asunto terminó sin que intervinieran los guardias.

Atropello. — Un camión automóvil atropelló ayer a la anciana de ochenta y tres años Josefa Plana, impidiéndola cumplir el ochenta y cuatro aniversario de su natalicio.

Queremos decir que doña Pepa falleció en el acto, por lo cual esta noticia no se puede titular «Viva la Pepa», sino muerta la misma.

Doña Josefa Plana fué literalmente aplastada por el pesadísimo carruaje, y ello nos obliga a decir que después del atropello dejó de ser Josefa Plana y quedó convertida en Josefa Extraplana.

Era sola en el mundo, y como no deja quien la llore, vamos a tener la amabilidad de llorarla nosotros.

Lloremos, por tanto, un ratito, que ya encontraremos manera de consolarnos en seguida.

ERNESTO POLO



Dib. Muro. — Valencia.

— ¡Tal como están los alquileres, hijo mío, tú no sabes lo que cuesta sostener dos casas!..

Ayuntamiento de Madrid

DIVAGACIONES SIN TRANSCENDENCIA

LA LITERATURA Y EL TRANVÍA

Así como el carro de Tespis es el símbolo de los comediantes, el tranvía, invención bastante más moderna, es el de los literatos.

Esta comparanza se me coló en la cabeza, sin que yo pudiera evitarlo, en la plataforma de un tranvía. En el tranvía, como no tenemos otra cosa que hacer que dejarnos llevar, nos asaltan demasiadas ideas y demasiadas observaciones.

Seguramente, los conductores de tranvías, ante cuyos cristales pasa la vida un poco apresuradamente por temor a ser atropellada, deben poseer un rico caudal de observaciones.

Efectivamente, dándole varias vueltas en la cabeza a la idea, han nacido varias comparaciones que pueden robustecerla.

Pongámonos en el caso de que el escritor es un señor que espera el tranvía.

Hay muchos que esperan largo tiempo la llegada del tranvía, que es, como si dijéramos, la publicación del primer libro o el estreno de la primera obra que han de incluirle en el oficio. Otros, en cambio, lo toman en seguida, sin tener que esperarlo: son los precoces.

Los aficionados y los espontáneos, que hacen literatura sin gran convicción, como podían hacer pitillos, son los que corren detrás del tranvía para dejar un sobre en el buzón.

Pero no basta tomar el tranvía, como tampoco basta el comienzo en literatura. Hay que acomodarse, aunque el tranvía literario esté abarrotado. Así, mientras unos no consiguen pasar del estribo, otros se abren paso en poco tiempo y se colocan bastante bien.

En el tranvía hay un conductor, que es como en literatura el maestro, que indica el camino; también hay un cobrador: el editor.

Luego, según tendencias, cualidades y condiciones, hay quien va en la plataforma anterior o en la posterior. Haremos notar que en la anterior cabe menos gente.

Las autoridades que se señalan en cada plataforma son los críticos.

Se prohíbe escupir.

En cambio, puede cualquiera apearse en marcha.

Hay en el viaje literario movimientos bruscos que hacen vacilar a los pasajeros. Unos saben sostenerse, otros tienen adonde agarrarse, los demás tropezarán inevitablemente.

También se para muchas veces la corriente y está el tranvía parado un rato largo.

Hay viajeros de todas clases. Algunos, más groseros, son los que molestan, pisan y le echan el humo del cigarro a los demás, sin pedir perdón. En general, son buena gente, aunque no falta, como

en los tranvías *de verdad*, el ratero que nos roba un asunto o una obra. ¡Mucho ojo!

A ratos para el tranvía para que se apeee un señor viejecito.

Entonces una voz dice:

— Hay un asiento vacante.

Es la Academia.

Y se produce una lucha tremenda por entrar. Hay familias que consiguen el sitio para el hijo que iba en la plataforma posterior.

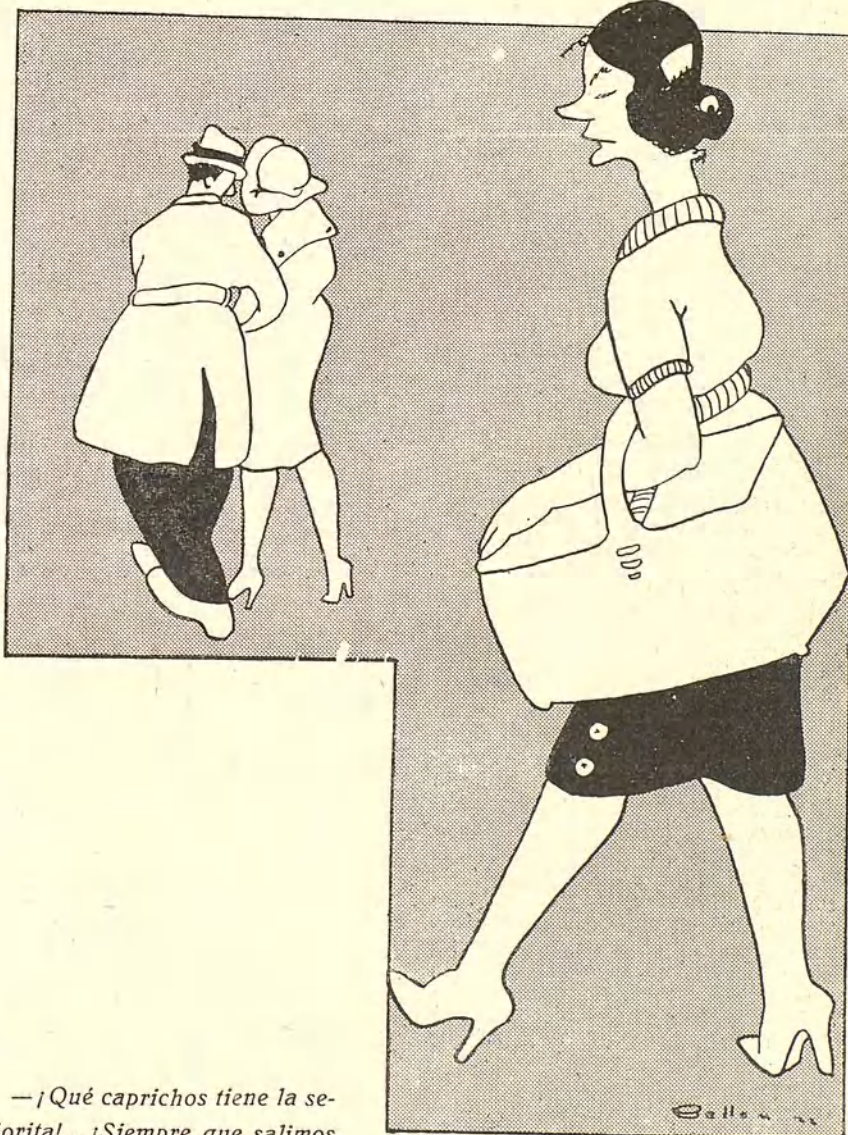
En cambio, hay quien no le da gran importancia y sigue en su puesto, asomado a la calle. En su opinión, los asientos son para los viejos y para las señoras.

Lo importante es que lleve cada viajero su billete. Así no podrá nadie decirle, como a tantos:

— ¿Por qué viaja usted sin biltete en el tranvía de la literatura?

Todos van al mismo sitio, aunque se puede ir por Fuencarral y por Hortaleza, como a los Cuatro Caminos. Todos van al mismo sitio, aunque casi todos se quedan en el camino.

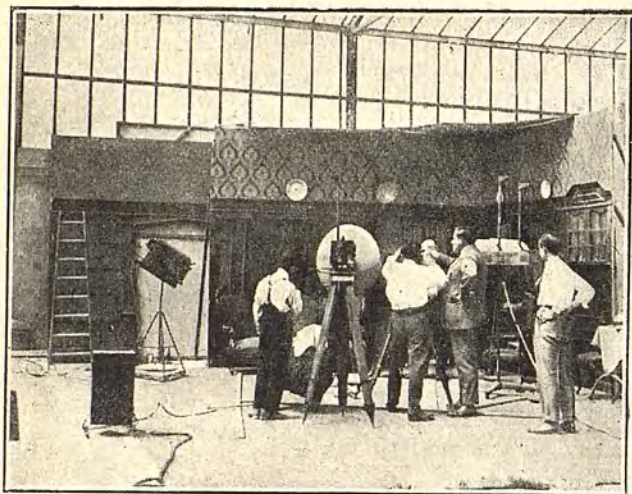
José LÓPEZ RUBIO



— ¡Qué caprichos tiene la señorita!... ¡Siempre que salimos me dice que lleve la cesta!...

Ayuntamiento de Madrid

Dib. BELLÓN — Madrid.



CASIMIRO ORTAS

ACTOR

CINEMATOGRAFICO



CASIMIRO Ortas es indudablemente uno de nuestros grandes humoristas de la escena. Ha sabido llevar el gesto, la voz y el ademán a una comicidad sana y espontánea.

Sus admirables interpretaciones de los sainetes de los Quintero, Arniches, Muñoz Seca, Pérez Fernández, Granada y Fernández del Villar son tan rotundas, que han dejado recuerdo de creaciones inimitables.

El nombre de Casimiro Ortas basta para hacer asomar una sonrisa a todos los labios. Por tanto, la idea de llevarlo a la pantalla ha sido un acierto.

El es el primer actor español que ha conseguido realizar una labor cinematográfica que podrá igualarse a la de los más notables películeros del mundo.

Pocos días antes de salir para La Habana acabó Ortas la impresión de su ensayo de película *Problema resuelto*, que presenta la Atlántida, de Madrid.

El ensayo no ha podido dar mejores resultados. Casimiro reúne excelentes condiciones de actor cinematográfico, y hará reír en las películas tanto como en las tablas. Su mímica, llena de expresión y de gracia, tiene ante la pantalla mil ocasiones en que producirse. Mil ocasiones que arrancarán las carcajadas de los públicos.

En *Problema resuelto* se le ve de vendedor ambulante, de cazador de gatos y después, en su época de opulencia, de delicioso conquistador y de graciosísimo pintor cubista, o mejor dicho, creador de la escuela pictórica titulada el *Casimirismo*, que emplea procedimientos inusitados y es lo mismo que pintar como querer.

Luego, en sus sueños de opio, en sus devaneos amorosos, en sus danzas orientales, en su desenfadada carrera por el Parque del Oeste y en el baile de la Bombilla, sostiene el interés y el re-

gocio del público. En todo momento tiene Casimiro el gesto definitivo, el detalle cómico que ha de colocarle entre los ases del género.

El éxito de Ortas puede ser de excelentes resultados para la naciente industria cinematográfica española.

Damos aquí unas escenas de la película, dirigida por Noriega y rodada por Blanco y Martín, en la que además toman parte la estupendísima Rosario Leonís, Clotilde Romero, Sita Iroz, Antoineta Ruiz, las hermanas Corio, Paco Gallego, graciosísimo, y Roldán.

Hacen la comparsa una colección estupenda de preciosas aficionadas madrileñas que ¡ríanse ustedes de las *girls* americanas!

Pueden apreciar nuestros lectores lo

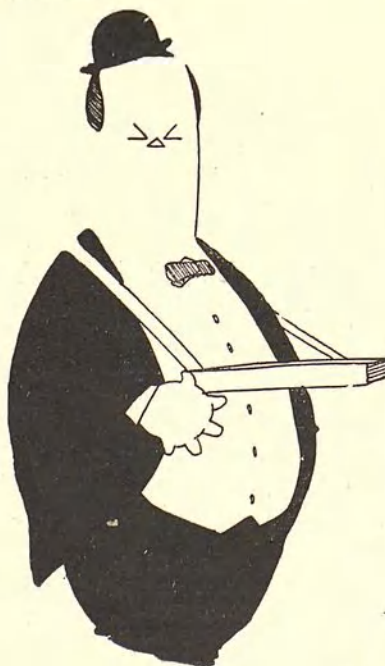
que, al ofrecérselo, consideramos como un descubrimiento. Ortas será, sin duda, nuestro gran películero. El tiempo, en corto plazo, lo dirá.

Nos había ofrecido Casimiro Ortas unas cuartillas en que comunicase a los lectores de BUEN HUMOR sus impresiones ante la pantalla; pero por lo precipitado de su viaje no ha podido hacerlas, aunque la promesa sigue en pie y algún día podremos ofrecerlas al público.

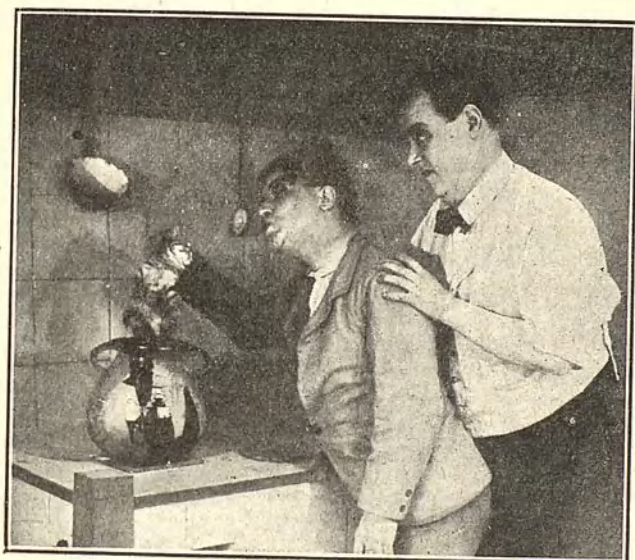
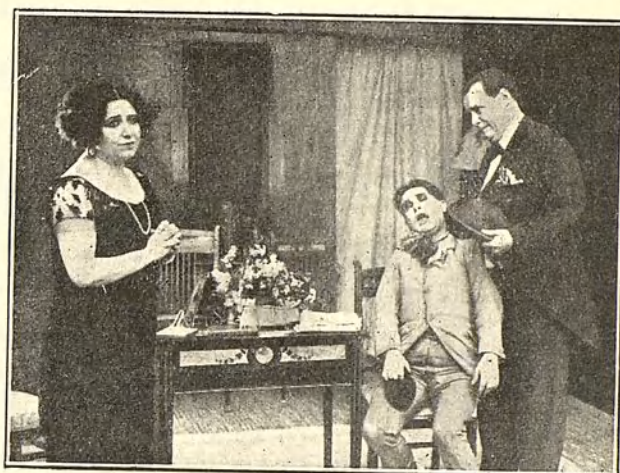
Además, como noticia indiscreta diremos que Casimiro, antes de partir, ha firmado un contrato de diez películas, que impresionará a su regreso y que, si no tan célebres como las del millón de dólares de Charlot, darán su juego.

J.

Caricatura de
LÓPEZ RUBIO



Ayuntamiento de Madrid



ALGUNAS ESCENAS DE «PROBLEMA RESUELTO»
Ayuntamiento de Madrid

LA FAMILIA DE NOÉ

EL DILUVIO UNIVERSAL

Así se denomina el libro, completamente nuevo, que acaba de publicar nuestro veterano y popularísimo colaborador Juan Pérez Zúñiga.

Esta obra, digna compañera de El chápito verde y los Viajes morrocotudos, es tan instructiva y original como graciosa y amena, y demuestra que la vena cómica no se agota en el espíritu de su autor, a cuyo hijo se debe la ingeniosa cubierta del libro.

Este va avalorado con ilustraciones de Xaudaró, el excelente humorista del lápiz, que tan celebrado es por el público.

He aquí ahora, como muestra, un fragmento de la nueva obra:

Ya tranquilo Jafet, después de su relato, merced a un antiespasmódico y a dos ciruelas pasas, pasamos a efectuar el embarque de una pareja de hipopótamos, cuya proximidad habíamos adivinado al percibir un marcadísimo hedor nauseabundo, que más parecía sobaquina trasnochada que tomillo salsero.

Dado el gran volumen de los recién llegados, fué preciso untar con vaselina el quicio de la puerta, y aun así tuvieron que hacer esfuerzos inauditos para entrar. Su gordura extremada y lo sebáceo de su piel nos causaron muy mal efecto; tanto, que yo los hubiese rechazado por considerarlos, no sólo antiespasmódicos, sino inútiles; pero los admití para que papá no se nos enfadase, como de costumbre. Y después me he congratulado de su conservación, porque así podrás hoy, querido nieto, romperte la crisma con ellos en tus peligrosas carcerías por los ríos africanos.

Apenas instalamos a los hipopótamos en su respectivo compartimiento, sin intentar quitarles el *hipo* de delante, apareció en la entrada una pareja de leones magníficos, pintados de verde oscuro; por cierto que antes de proceder a la penetración pacífica se sentaron uno a cada lado de la puerta principal, apoyando majestuosamente sus zarpas delanteras en sendos melones de Añoover, postura gallarda en que permanecieron serios e inmóviles durante algunos minutos.

Extrañados de aquello, les interrogamos qué significación tenía su inexplicable actitud, y nos contestaron, por medio de sonoros rugidos, que no querían ser menos que los que, andando los siglos, habían de guardar las puertas de una enorme grillera.

No te extrañe, querido Nembrod, que estos respetables felinos se abstuviesen de atacarnos; porque entonces las verdaderas fieras de cuidado, aparte de nuestras mujeres, eran los animales que hoy se llaman antediluvianos, los cuales, en cuanto a ferocidad no admitían competencia con los bichos relativamen-

te menores, por lo que los leones, las hienas, los tigres y las demás fieras estaban tan achicados, que semejaban timidas tortotillas.

Entraron los leones en sus ya marcadas jaulas, y desde que se posesionaron de ellas no dejaron de dar paseos continuamente y sin apartar los ojos de Chucha, que pasaba muchas horas junto a la verja zurciéndome los calce-
tines.

A continuación de los leones surgieron ante nuestra vista, no sin causarnos extrañeza, dos hongos, no de los que con el aspecto de setas suelen verse en las latas, sino de los que suelen verse en las cabezas con el alado nombre de sombreros. ¿Lo eran? No, querido nieto. Eran un castor y una castora, a los que había llegado el momento de ingresar en el arca. Nos hicieron un atento saludo, quitándose a sí mismos, y tuvimos que hacerles variar de rumbo para meterlos en sus alojamientos, porque ellos, instintivamente, corrieron en busca de una percha con intención de colgarse de ella.

Tras el castor y la castora tuvo a bien aparecer en escena un ser admirable, compuesto de dos partes heterogéneas.



Dib. CISNEROS. — Madrid.

— Ya sé que haces el amor a la hija de un fotógrafo.

— Pero como si no, porque siempre tiene a mano una negativa.

La superior, que era superior de verdad, consistía en un arrogante cuerpo de mujer, de busto turgente, cabeza hermosa, brazos torneados, pelo retinto y nariz respingonceja, ostentando dos lunares monísimos, el uno junto a la boca y el otro donde tú no sabes. Dirás que criaturas como ésta no has visto pocas. Pero no te precipites, que la segunda parte o prolongación del maravilloso ser a que aludo no habrás podido contemplarla más que sobre la mesa del comedor. Acompáñame, si no, amadísimo nieto, en una excursión caderas abajo y te encontrarás con que donde acaba la dama comienza la merluza. Fíjate bien en que aquí la merluza no es el principio, sino el fin, e imagínate el tamaño de la cola, y la mayonesa y las alcaparras que se necesitarían para saborear bien a la señora en cuestión, que hoy te parecería un fenómeno, y que era, sencillamente, una sirena de las que habrás oído hablar a tus padres.

El macho de la sirena, muy arrimado a la cola, por cierto, no era el sireno, como parecía natural, sino el sereno, que se diferenciaba de su hembra en que lleva la merluza por dentro, en que no canta, como la sirena, en los arrecifes, sino en las calles, y en que toda la afición que la hembra tiene al agua, el macho la tiene al vino.

No quiero omitir, como detalle, esta pregunta que Jafet hizo a papá en cuanto vió llegar a la fascinadora mujer-pescado:

— Dime, ¿cuándo empiezan las comidas de vigilia?

Papá, más escamado que la segunda parte de la sirena, al oír la intencionada pregunta de mi hermano, hizome señar que no admitiese en el arca tal pareja, y yo le obedecí, fundándome en que ella podía ser causa de disgustos en el seno de la familia, puesto que despertaría alternativamente apetitos de lujuria y de gula (*mitá y mitá*); y él, porque era un gahnápiro lleno de llaves en la boca del estómago y un animal no catalogado entre los del arca; pues, a pesar del chuzo y el farol, ni era propiamente un pez espada ni era un gusano de luz, sobre que ni tocaba pito como elegido de Dios, ni siquiera nos hacía falta para cantar las horas, porque para ese menester ya contábamos con el cuco.

Lo mismo fué nombrar al cuco, que percibir una voz que dijo: «¡Presente!»

En efecto: se nos presentaron placenteramente un cuco y una cuca, tirando de un carrito en donde conducían embalado un reloj de pared. Vistas las especiales circunstancias que concurrían en esta parejita sonora y amueblada, se instaló a los cucos en el comedor, donde les dejamos pegados a la pared, aguardando a que Chucha les diese alpiste para que estuvieran quietos y cuerda para que anduviesen.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

Ayuntamiento de Madrid



TEATRO DELA COMEDIA.

MARCELINO

SAINETE DE FRANCISCO VIU

El bueno de Marcelino
es feliz con su destino.

A todos estos señores
hace la mar de favores.

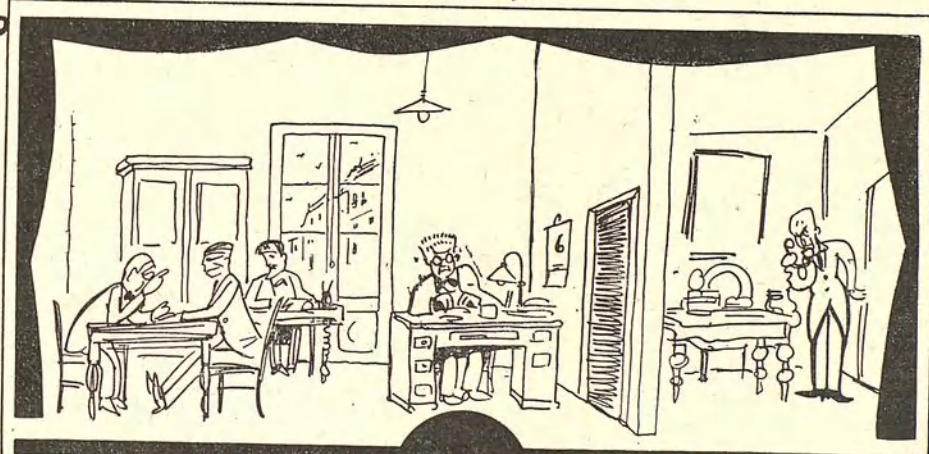
Por compromiso visita
a una chica muy bonita.

Le visten, aunque se escama,
con elegante pijama.

Al sorprenderle abrazado,
le toman por un malvado.

Y al fin perdona la gente
a Marcelino inocente.

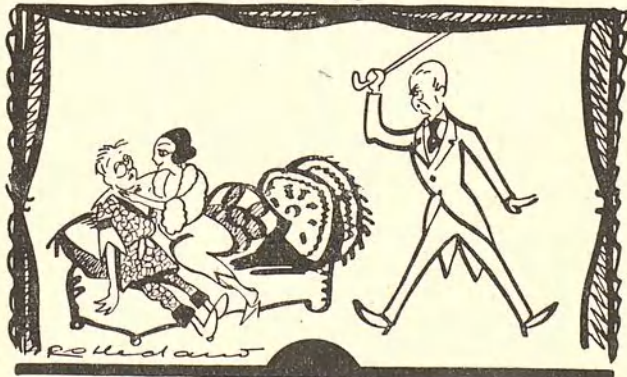
Acto 1º



¡Nunca te podré pagar
¡Vite favor, Marcelino!
¡Ya sabes, se llama Estela
¡no olvides el camino.

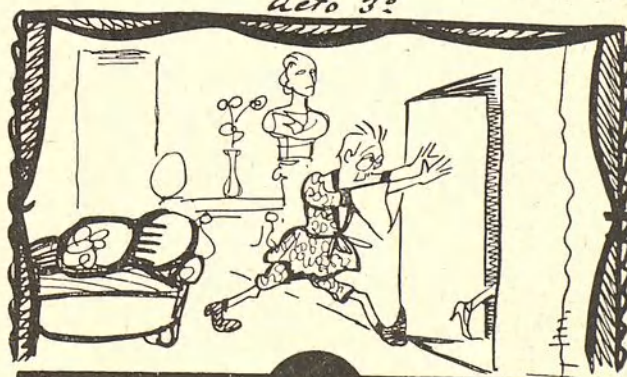
¡Calla Estela! ¡Se prudente!
¡No hables más que viene gente
¡Iré sin falta a tu cita
¡que sigas tan bonita

Acto 2º



¡Como! ¡Escenas de sofá!
¡Se acabaron las pensiones
¡Si quieres vivir Estela
Que te ayude Romanones!

Acto 3º



¡Escúchame Estela!
¡Aunque seas Cipriana
Me caso contigo
De verdad, mañana.

EL ÚLTIMO ESTRENO, por ROBEDANO.
Ayuntamiento de Madrid

LAS COSAS DE LOS TEATROS TITIRIMUNDILLO

LOS CONCEJALES, CRÍTICOS

Ya sabrán ustedes que finalizó la temporada en el teatro Español de un modo violento.

El pobre actor Gatuellas, en vista de que no le dejaban hacer su repertorio y tenía que representar comedias blancas — a las que el público no iba —, decidió terminar sin previo aviso.

Pudiéramos decir, en los términos de la flamenquería, que el Sr. Ruiz Jiménez le acusó las cuarenta y que él hizo las diez de últimas.

Se discute ahora si el alcalde y los concejales obraron bien o mal en instituirse censores literarios y catadores de comedias ajenas.

Las que ellos hacen nos parecen mal a todos.

Eso no obstante, yo considero encantador que el alcalde, Sr. Ruiz Jiménez, y los cultísimos ediles se dediquen desahogadamente a la crítica teatral, claro es que con las necesarias condiciones.

Opino que Enrique de Mesa, o Pepe Alsina, o D. José de Laserna, deben pasar a la Alcaldía de Madrid; creo que Bejarano, Gabaldón, Marquina, Cueva, Machado, Mori, Marín Alcalde, etcétera, etc., tienen derecho a una Tenencia de Alcaldía...

Yo me conformo con ser un concejal de los que no hablan.

Si acceden al cambio, creo que por un interés egoísta podremos aún permanecer callados.

Pero si no quieren el trueque de papeles, estamos en nuestro derecho de no tolerar ingerencias extrañas, y aun añadiríamos que en el deber ineludible de prohibirles las representaciones municipales con que nos amargan la existencia.

Porque yo no voy a defender la obra A o B de un comediógrafo u otro; empero afirmo que el vecindario madrileño agradecería, más que unas severas censuras de orden literariomoral a las obras que se representen en el Español, las censuras más severas y las enérgicas determinaciones contra los que no barren, y no limpian, y no pavimentan, y perturban y desarreglan nuestra muy heroica villa...

Dentro del caserón municipal sí que se representan tragedias, dramas, comedias y sainetes... ¡Y ahí sí que vendría bien la crítica del alcalde y de los concejales inteligentes! ¡Y aun de los que no lo son!...

¿QUÉ PASARÁ EN EL RETIRO?

Nos han dicho que, como consecuencia de la actitud anteriormente comentada, los nuevos arrendatarios de la zona de recreos del Retiro están completamente desolados y no les llega la camisa al cuerpo.

Como en el Retiro también tiene jurisdicción el Municipio, se teme que el alcalde y los señores concejales tomen sus medidas en defensa de la pública moral y decencia, en cuyo caso no podrán representarse *Cri-Cri* ni otras revistas por el estilo, en vista de que las primeras y segundas tipler salen medio desnudas.

También la compañía de opereta italiana que se anuncia tendrá que someterse al criterio artístico y musical de los ediles...

Y, naturalmente, Marcén, el director de la Latina, que pensaba hacer su temporada en el Retiro, habrá de tomar sus precauciones.

Estamos viendo a la Sra. Iglesias, a Lola Vela y a Gloria Guzmán, primeras figuras de dicha compañía, presentándose en el Concejo para que dictaminen los concejales sobre si procede o no su actuación...

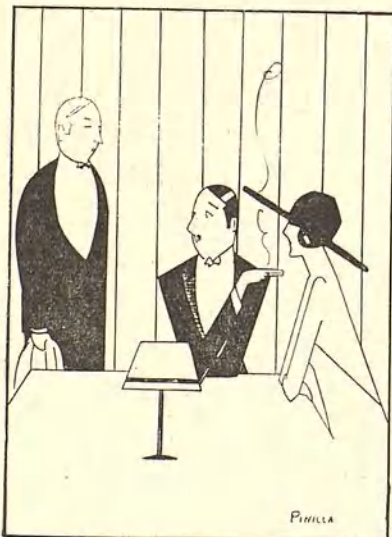
Con las nuevas modas, a todo ello estamos próximos.

LA GRAN "PARADA"

De regreso de sus brillantísimas *tourneés* por provincias — así al menos lo aseguran ellos —, hemos tenido ocasión en estos días de saludar al noventa por ciento de los cómicos españoles.

Deseámosles una feliz estancia entre nosotros, y enviamos nuestra cordial enhorabuena a los dueños de establecimientos de compraventa mercantil...

JOSÉ L. MAYRAL



Dib. PINILLA. — Gijón.

— Mozo, un té con discos.
— Caballero, no sé lo que son discos.
— ¡Hombre, si yo los veo mucho anunciados: «Discos Pathé»!...

Ayuntamiento de Madrid

Según noticias de Bélgica, se encargará de la formación del nuevo Gobierno al Sr. Thennis.

¡Hay que ver la partida que les ha jugado a los otros políticos!

¡Una partida de Thennis!

El ir al Polo Norte en aeroplano dicen que es una empresa peligrosa.

¿Empresa y en el Polo Norte? Claro que es peligrosa. ¡Cómo que allí no debe de ir la gente al teatro!

Cuatro individuos han sido detenidos por vender bacalao producto de un robo.

Esta noticia se publica en BUEN HUMOR porque se trata de una cosa muy salada.

Leemos: «Los problemas catastróficos.»

Debe de ser errata.

Ahora todos los problemas son catastróficos.

El azúcar que ha bajado de precio es la blanquilla.

Lo que quiere decir que nos vamos a ver negrillos para poder tomar de la otra.

— ¿De modo que la nueva posición de Tazza-Aisa...?

— Completamente tranquila. En Melilla todo el mundo sabe que se puede almorzar allí, en la plaza, y tomar el café en Tazza.

— ¿En qué consiste la oposición a médicos?

— Muy sencillo. La oposición que se hace primero a tomar lo que los médicos mandan y después a pagarles la cuenta.

En una agencia de quintas.

— Bueno; usted me proporciona ese sustituto y me garantiza de que es formal y buena persona.

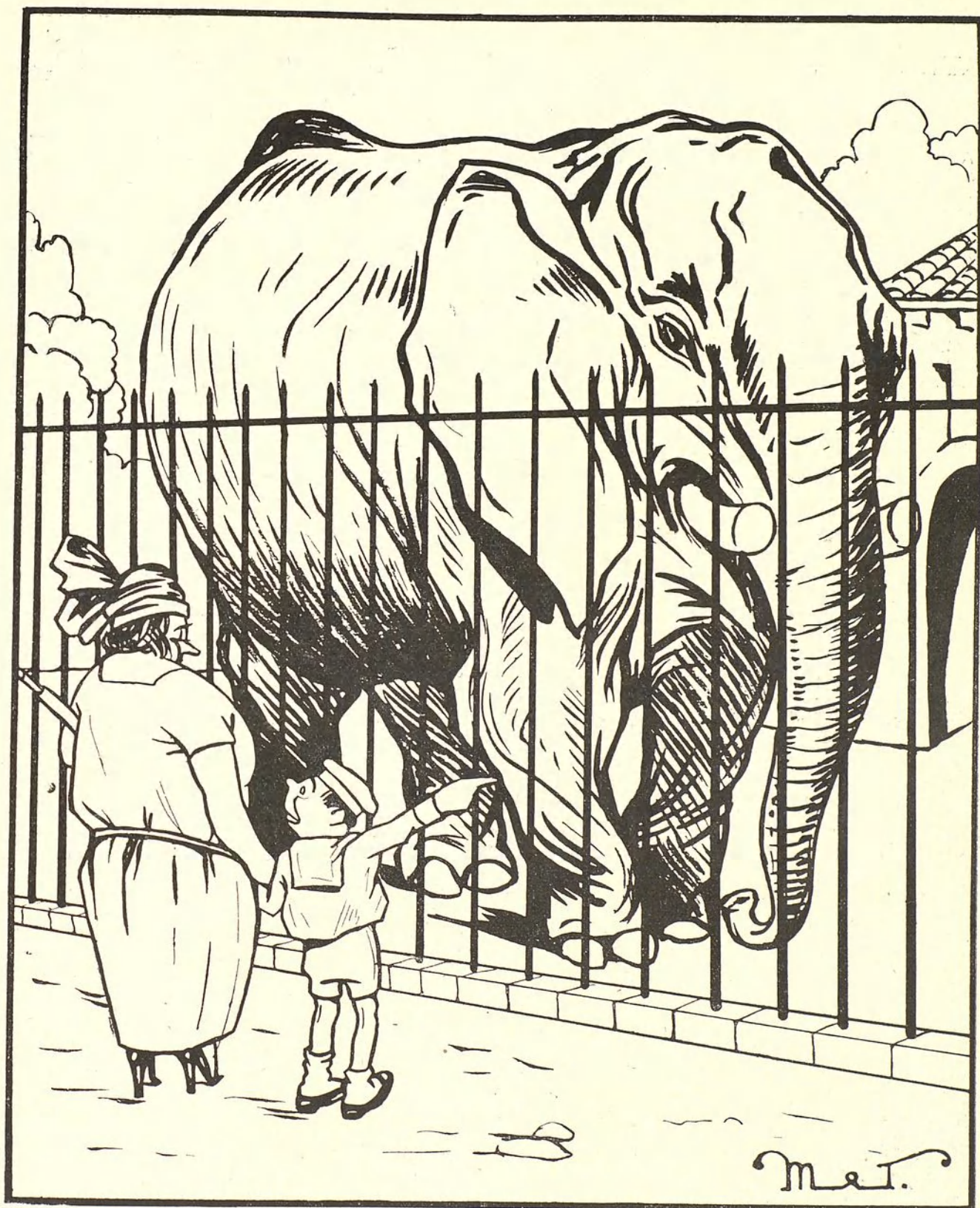
— Naturalmente. ¿No ha oído usted decir que no hay quinto malo?

Tema de una Asamblea próxima: «Plan y campaña que ha de desarrollarse.»

¿Creerán ustedes que la Asamblea es acerca de Marruecos?

¡Pues es de maestros!

De modo que si se convoca una de generales, se hablará en ella del uso indebido de la sinalefa y de otras reformas en la ortografía.



Dib. MEL. — Madrid.

— ¡Mira, mamá, qué bicho más raro'... ¡Tiene el rabo en la caral...

Ayuntamiento de Madrid

¡AY!... ¡AY!... ¡AY!...

«Cada uno muere de su médico.»
QUEVEDO.

A estos caballeros que, con más o menos aprovechamiento y con más o menos encarnizamiento, cultivan la ciencia difícil de Hipócrates, yo no los puedo ver ni en pintura ni en fotograbado. Tengo mis motivos.

Cuando no había médicos, la gente se moría sin saber de qué, lo cual, en mi opinión humilde, no deja de ser un consuelo. Hoy, en cambio, todos sabemos la enfermedad que nos hará estirar la patita. Porque el antipático doctor de la casa nos lo está diciendo a cada momento.

— Usted está tísico... Usted morirá del cáncer... Usted padece del corazón... Usted no está bueno de la cabeza.

El médico hace al hombre aprensivo, y la aprensión es insoportable. Los médicos tienen la culpa de que la Humanidad viva quejándose.

✻ ✻ ✻

Yo, cuando niño, era feliz. (Hemos quedado en que la ignorancia es la felicidad verdadera.) Y feliz seguiría siendo si no me tropiezo, a la edad de doce años, con un señor doctor en Medicina, quien, viéndome un día comer un exquisito biftec con patatas fritas, me soltó lo siguiente:

— ¡Ay, niño! Cómo se ve que no sabes lo que haces. ¿Tú crees que estás comiendo carne?

— Naturalmente.

— Pues no es así. Estás tragándote millones y millones de bichos asquerosos.

— ¡Zapateta! — exclamé yo, mordien-

do sin querer una cucurbitácea inofensiva. Y añadí, mirando al biftec: — ¿Dónde están esos bichos?

El médico sonrió mefistofélicamente y contestóme:

— ¿Esos bichos?... No se pueden ver. Son microbios. ¿Tú ignoras lo que es un microbio?

— Sí — respondí, con los pelos en forma de cepillo.

— Pues escucha. El microbio es un protozoo que pertenece a la agrupación de las bacterias globulosas del grupo de los esquizomicetes.

— Bueno. Y a mí, ¿qué?

— ¿Te parece poco? Eso quiere decir que los microbios se meten en el cuerpo y ocasionan muchísimas enfermedades.

— Entonces, ya no como carne.

— ¡Iluso! Y ¿de qué te vas a alimentar? ¿Tú sabes los males que causan las legumbres, el pescado, los huevos, el agua?

— ¿También el agua?

— ¡Digo! Si es un foco de microbios.

— Pues viviré del aire.

— Error. El aire nunca es puro: está lleno de miasmas...

— ¡Canástoles!

— Convéncete, pequeño. Vivimos de milagro...

Desde entonces yo no soy feliz. Y no lo soy porque, al llevarme a la boca cualquier alimento, pienso en la frase de aquel asesino y se me encoge la camisa. ¿Qué necesidad tenía yo de saber eso? ¿Para qué diablos me han amargado la existencia? ¿Para qué me han estropeado las digestiones?...

✻ ✻ ✻

Pues ¿y cuando a estos galenos calamitosos se les mete en el colodrillo que uno está enfermo? ¡Qué monsergal!

Es tal el afán que tienen los médicos de que todos los seres nos gastemos el sueldo en medicinas, que continuamente están viendo bultos donde no los hay; y así, no es extraño que a un individuo más sano que una pera sin microbios le hagan enfermar a fuerza de decirle que está enfermo.

Recuerdo que en cierta ocasión me cogió un médico por su cuenta y sostuvimos este diálogo tristemente memorable, que él tuvo el mal gusto de empezar:

— Hola, pollo. ¿Qué tal?...

— Bien.

— ¿Bien?... Eso es imposible.

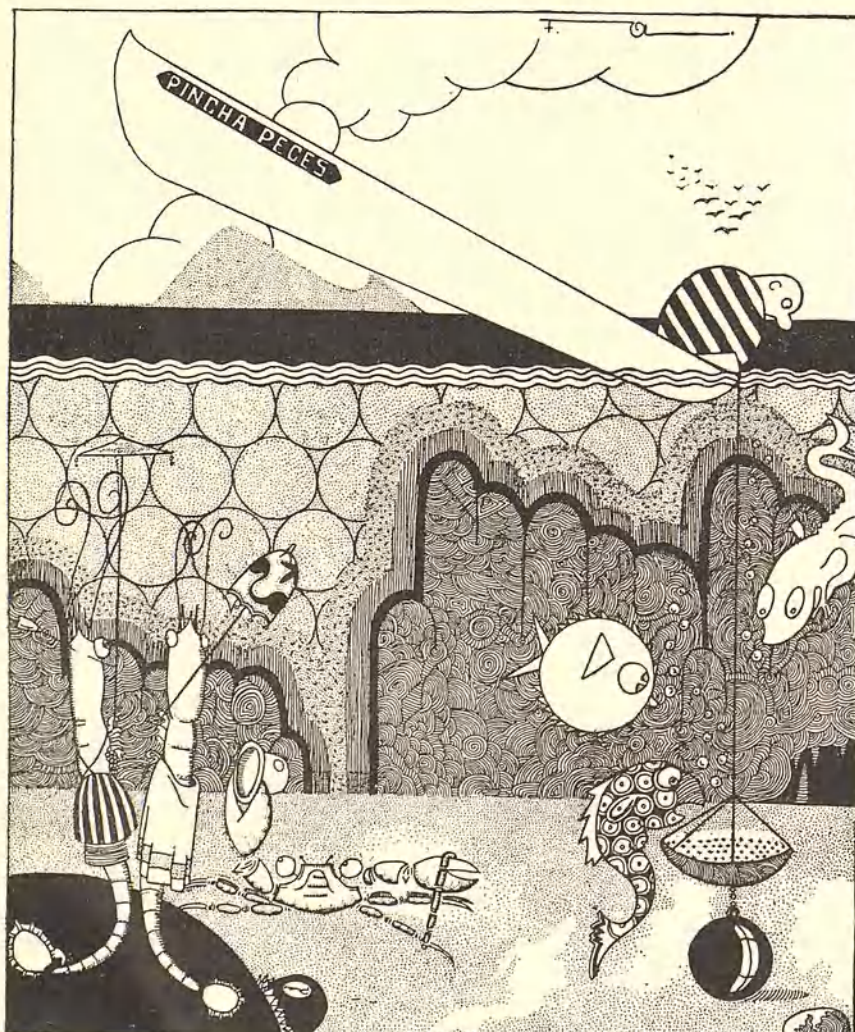
— ¡Hombrel!...

— Como usted lo oye, y no se me alarme todavía. Usted está enfermo de gravedad.

Di un respinguito.

— Pues no sabía nada...

— Precisamente — siguió el doctor —, tengo un admirable ojo clínico, garantizado por diez años, y huelo a las personas que se van a morir sin poder ni despedirse de la familia.



Dib. ANSUÁTEGUI. — Zaragoza.

LA QUISQUILLA. — ¡Uf!... Estos hombres superficiales me frien. ¡No hacen más que ponerle roja a una!...

Ayuntamiento de Madrid

— ¡Ah!... ¿Conque usted huele con el ojo?

— Déjese de chistes. Las cuchufletas son absurdas cuando se tiene un pie cerca de la sepultura.

— ¡Corcho!

— Vamos a ver: usted está más pálido que el mes pasado.

— ¡Pero si el mes pasado no me conocía usted!...

— No importa. Salta a la vista que usted está más pálido que el mes pasado.

— ¡Bueno!

— Bueno, no; malo, muy malo. La palidez denota falta de color. Ese organismo no va bien. Usted se está apagando.

— ¿Apagando?... ¡Qué lástima!... Y eso que dicen mis admiradores que yo soy un hombre de muchas luces.

— ¿Le duele a usted algo?

— Nada.

— No puede ser. A usted le tiene que doler algo.

— ¡Pero, señor! ¿Va usted a saberlo mejor que yo?

— Naturalmente. ¿No ve usted que soy médico? No sea ignorante y fíjese bien, porque le tiene que doler algo.

Hice un repaso de todas las partes de mi cuerpo, y, ¿cómo no?, empecé a dolerme la coronilla.

— Pues, mire, lleva usted razón. Aquí, en la coronilla, siento...

— ¿No lo dije? Apoplejía fulminante, o apomitosis, o apotrosis.

— ¡La apoteosis!

— Y lo peor es que ese dolor se baja al corazón en seguida, y allí se ramifica con el dolor de estómago.

Al oír aquello di en sudar copiosamente.

— ¿Y sudor encima? ¡Uhl!... Esa masa cerebral se derrite... A ver el corazón. ¡Cáscaras! Este corazón late demasiado. ¡Ataque inminente! Caféina... Pero no; antes conviene acudir a la garganta. ¿Le duele? Responda.

— Si... — exclamé yo débilmente, sintiendo que me dolía hasta el apellido.

— Lo presentía. Eso es cáncer; cáncer o gangrena; o combinación de gangrena y cáncer... ¡Muchacho; pero usted se ahoga!... Esa respiración... ¿Y el vientre? ¿Y el pecho? A ver, a ver... ¡Qué barbaridad! ¡Hidropleuritis tenemos! No se caiga... Tomemos el pulso... ¿Eh?... ¡Sopla! ¡Cuarenta grados, y estamos a la sombra! Contenga la sangre... ¡No escupa, por Dios! ¡Puf, qué olor!... ¿Qué ha hecho usted? ¡Pues, hijo, estamos aviados! ¡Buenos se habrá puesto los pantalones! Eso es un principio de tifus galopante...

— ¡Beeeee...!

Y caí desmayado sobre una mesa de noche...

✻ ✻ ✻

Y no me morí. Resultó que lo que yo tenía era un ataque de *mieditis*... com-

plicado con una fuerte *aprensionitis*... Al día siguiente salí a la calle más fresco que una lechuga, y en la misma calle de Peligros, ¡tate!, el doctor de maras.

— ¿Todavía no se ha muerto usted?

— me preguntó con el mayor desahogo científico.

— No, señor.

— Pues es raro. Sin embargo, usted no llega al miércoles de Ceniza.

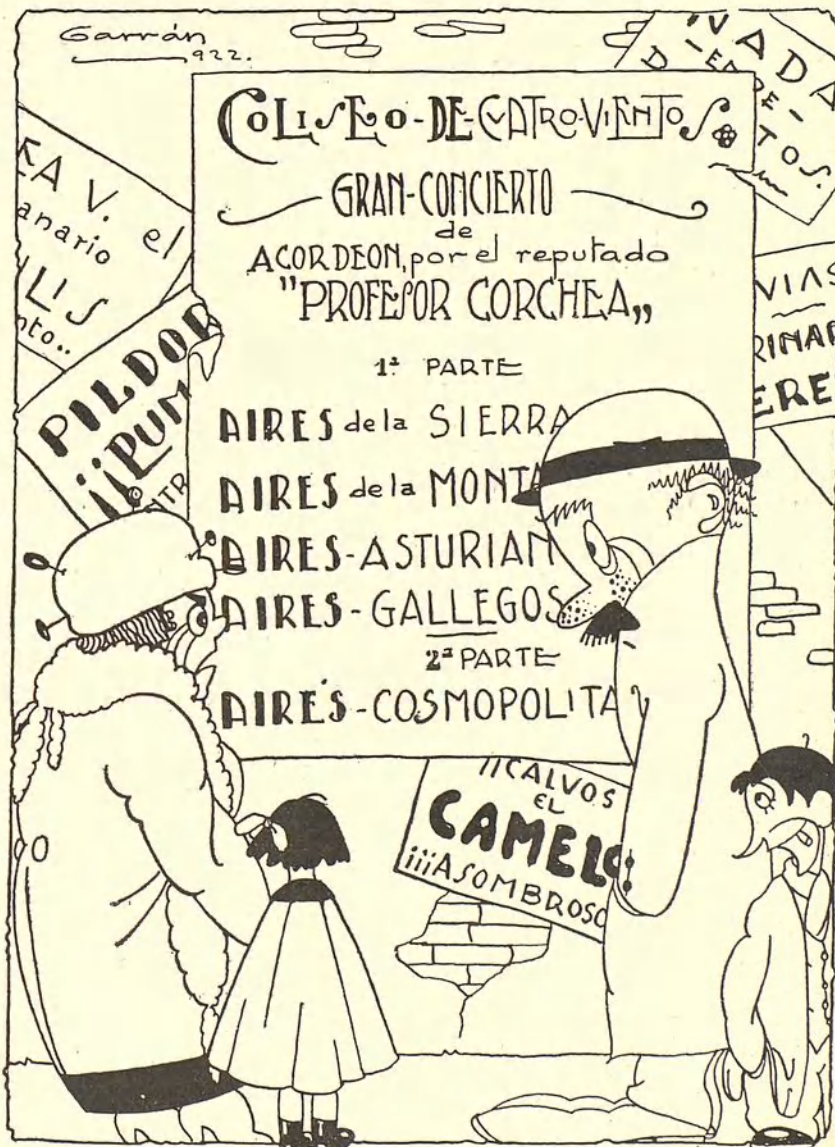
— Lo celebraré mucho, sobre todo si logro contagiarle a usted, para que

nos vayamos al otro barrio cogidos del brazo.

— Oiga, oiga...

— Aquí el que tiene que oír es usted. Y lo que tiene que oír es esto: que se va a morir antes que yo; pero no de cáncer ni de apoplejía, sino de un simple garrotillo o de un completo garrotazo que, como no se quite usted de mi vista, voy a tener la amabilidad de propinarle. Servidor de usted...

BERNARDINO DE PANTORBA



Dib. GARRÁN. — Madrid.

— Nada, Acisclo, que no vamos al concierto, porque con este programita de seguro que se acatarra la niña.

TRAGEDIAS HISTÓRICAS

EL ÚLTIMO IDILIO DE MARCO ANTONIO Y CLEOPATRA

Decoración. — Un rincón del jardín que rodea al palacio de Cleopatra en Alejandría, Egipto. Rosas, surtidores, estanques, pájaros, etc., etc., se acumulan para deleitar los sentidos.

Al levantarse el telón, Marco Antonio y Cleopatra, tumbados en un triclinio, se prodigan ternezas. Marco Antonio, el triunviro, es un hombre joven, lleno de arrogancia y de deudas. Cleopatra, ¡ay!, es una dama egipcia que ha sido reina y que goza de una hermosura que tira de espaldas y desnuda. ¡Tontería de mujer!... ¡Lástima que haya fallecido!... Empieza la acción.

CLEOPATRA. *(Abrazando a Marco.)*
¡Es cierto que me adoras?
MARCO ANTONIO. *(Acariciando los hombros desnudos de Cleopatra.)*

Si que es cierto.

CLEOPATRA. La pasión hacia ti mi pecho exhala;
quiero mirarte igual que en el desierto
se miran el chacal y la chacala...

MARCO ANTONIO. *(Mareado por la proximidad de la bella.)*
En tus pupilas brilla
un deseo de goces celestiales.
¡No me mires así, Cleopatrilla,
que me vuelves mochaes!
(Piropeándola elegantemente.)

CLEOPATRA. ¡Espejo biselado!

MARCO ANTONIO. ¡Oh! Dueño de la Galia...

CLEOPATRA. ¡Perfume delicado!

CLEOPATRA. ¡Esencia de Floralia!

MARCO ANTONIO. *(Abrazándola fuertemente.)*

De nuestro amor el broche

mi brazo hercúleo sea...

CLEOPATRA. ¡Lucero de la noche!

MARCO ANTONIO. ¡Estrella... de Romeal!

CLEOPATRA. *(Cogiendo un ánfora de vino.)*

MARCO ANTONIO. *(Oliendo el ánfora y poniendo los ojos en blanco.)*

¡Qué fragancia
tiene este vino libio!

CLEOPATRA. ¿Te escancio?

MARCO ANTONIO. ¡Escancia, escancial!

¡Voy a ponerme tibio!

(Después de beber.)

Los dos curdas primeros del mundo fueron

Ese vinillo libio es ambrosía. [sabios.]

¿Tú no libas del libio, amada mía?

CLEOPATRA. ¡Yo libo de ese libio y de tus labios!

(Le besa.)

Dame otro beso..., y otro..., ¡esto es la gloria!

Quiero que de mi amor guarden memoria

eterna los anales del deseo.

MARCO ANTONIO. Yo me apuesto una oreja, cara Cleo,

a que hacemos el *ridi* ante la Historia...

CLEOPATRA. Y cuando al fin un día la diñemos,

liados los dos cuerpos con tu clámide,

ambos, precioso Marco, yaceremos

en el negro interior de una pirámide (1).

MARCO ANTONIO. ¿Por qué bulle en tu mente

la idea pavorosa de diñarla?

Llena el ánfora...

CLEOPATRA. Acabo de llenarla.

(1) Se regala un millón de marcos al que encuentre un consonante en *ámide* que no sea ninguno de los expuestos.

MARCO ANTONIO. Pues a empinar el codo nuevamente.
Mas... ¿qué rumor es ése?

CLEOPATRA. No lo sé.

(Se oye un rumor de voces fuera del jardín.)

MARCO ANTONIO. Hijita, Cleopatra, entérate...

CLEOPATRA. Perdona la molestia...

No hay de qué.

(Se acerca a todo correr un soldado llamado Quinto Sexto.)

QUINTO SEXTO. ¡Las legiones de Octavio! ¡Maldición!

MARCO ANTONIO. ¿Qué dice ese soldado? O está loco,

o ha cogido un tablón

de cien metros de largo como poco...

General...

QUINTO SEXTO. ¿Qué sucede?

MARCO ANTONIO. ¡Un cataclismo

que es para todos humillante agravio!

CLEOPATRA. Cuéntanos...

MARCO ANTONIO. ¡Desembucha! ¡Dil!

QUINTO SEXTO. Lo mismo

que cae la catarata en el abismo,

cae sobre la ciudad el gran Octavio.

MARCO ANTONIO. ¡Mi abuela!

CLEOPATRA. ¡Repíramide!

MARCO ANTONIO. ¿Es posible?

QUINTO SEXTO. Sálvate, Marco. Octavio es invencible,

y dicen sus guerreros que se apresta

a sacudirte en medio de la cresta.

MARCO ANTONIO. ¡Por Diana, qué miedo!

CLEOPATRA. Disimula.

MARCO ANTONIO. Es que Octavio es más bruto que una mula...

QUINTO SEXTO. Ya se acercan, señor.

MARCO ANTONIO. Pues acabemos

esta escena, que empieza a ser pesada.

CLEOPATRA. Marco Antonio, amor mío, di, qué hacemos...

MARCO ANTONIO. Yo voy a hacerme cisco con la espada.

Antes, oye, Cleopatra, y toma nota:

no caigas viva en brazos de ese idiota...

(Por Octavio. Saca su espada, la apoya

en el suelo y, dejándose caer sobre ella,

se atraviesa. Retorciéndose en la agonía.)

Decid a la familia que disfruto

que se encarguen las túnicas de luto...

(Muere.)

CLEOPATRA. ¡Infeliz compañero,

hasta en la muerte horrenda eres magnífico!

Yo he morir también, y hacerlo quiero

al lado de tu cuerpo frigorífico.

(Se acerca al brazo un áspid y aguanta

el mordisco.)

¡Oh reptil miserable!...

Tu terrible ponzoña necesito...

Muerde en mi brazo blanco y codiciable...

Voy a morir... La vida es un asquito...

(Cayendo al suelo.)

Isis..., ¡acógeme!... *(Moribunda.)* Siento ca-

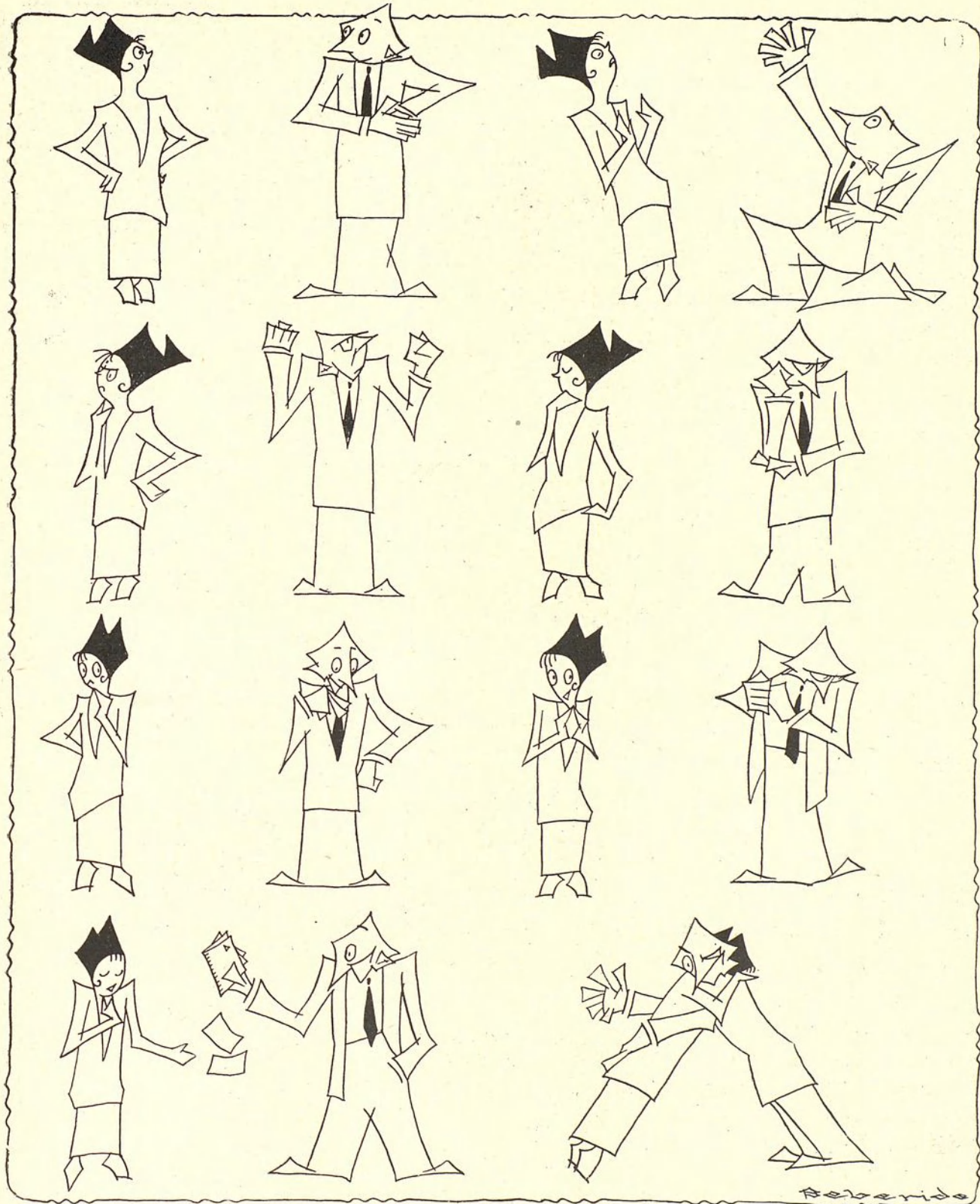
lambres... *(Muere.)*

QUINTO SEXTO. ¿Y qué hago yo con estos dos fiambres?..

(Se queda contemplando ambos cadáveres, y cae el)

TELÓN

ENRIQUE JARDIEL PONCELA



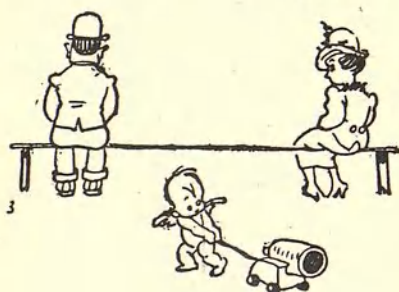
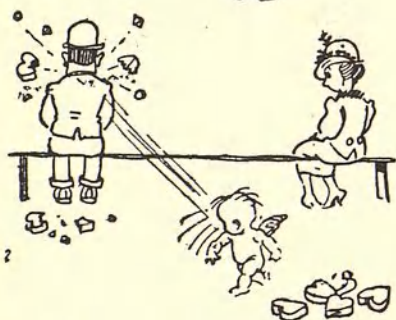
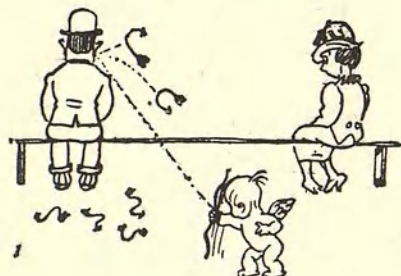
Dib. BEBERIDE. — Madrid.

LA ETERNA HISTORIA

Ayuntamiento de Madrid

DEL BUEN HUMOR AJENO

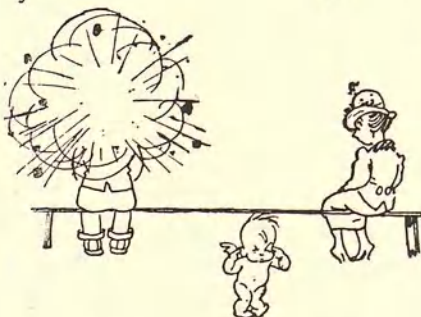
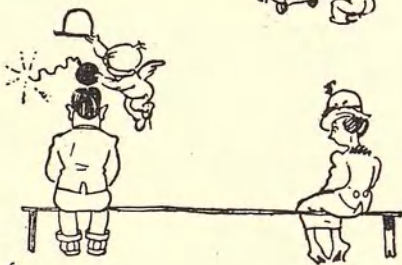
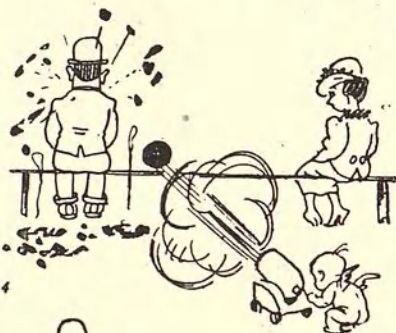
UN DÍA ATAREADO DE CUPIDO



En el duelo todo estriba en poder comprimirse.

TESTIGO SEGUNDO (*apretando con emoción la mano del señor gordo*). — Temo que sea usted llamado hoy a más altos destinos. (*Señala al cielo con un ademán significativo*.)

EL SEÑOR GORDO. — ¡Es horrible! ¿Qué hacer? (*En este momento ve venir hacia ellos una máquina apisonadora que está arreglando el camino.*) ¡Espé-



su hija, a doscientos metros, con un revólver de reglamento, le cortó el frenillo.

CUADRO SEGUNDO

El duelo.

(*La escena representa un prado.*)

TESTIGO PRIMERO (*en voz baja a los demás testigos*). — Siendo excesivamente severas las condiciones de este lance, creo, señores, que para evitar la muerte de un hombre sería prudente cambiar las balas por corchos.

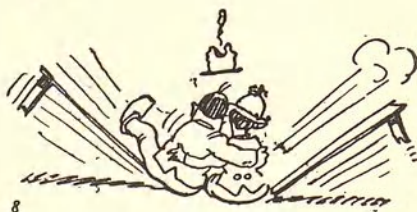
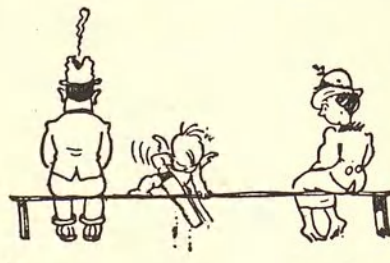
LOS TESTIGOS (*a coro*). — Sería prudente. (*Largan las pistolas con tapones.*)

TESTIGO SEGUNDO (*a los adversarios*). — ¿Desean ustedes que se les cierren los oídos para evitarles escuchar las detonaciones?

ADVERSARIO PRIMERO. — Sí; me molesta el ruido.

ADVERSARIO SEGUNDO. — A mí también: soy cardíaco. Toda conmoción me es perjudicial.

(*Los testigos pegan con obleas las orejas de los adversarios; éstos son colocados a un metro diez el uno del otro. El juez de campo da la señal. Los dos combatientes hacen fuego; gracias a su comprensión extraordinaria, el señor ex gordo no es alcanzado;*



UN DUELO TERRIBLE, por Cami

CUADRO PRIMERO

Hacia el campo.

(*La escena representa un camino.*)

EL SEÑOR GORDO. — Este camino nos conduce directamente al lugar escogido para el lance.

TESTIGO PRIMERO. — Su adversario ha impuesto duras condiciones: el encuentro a un metro diez. No debo ocultarle que tiene usted grandes probabilidades...

EL SEÑOR GORDO (*lleno de esperanza*). — ¿Usted cree?

TESTIGO PRIMERO (*continuando*). — ...Grandes probabilidades de abandonar precipitadamente este valle de lágrimas. Su exagerada gordura le impide toda ocultación del pecho y del vientre.

renme un segundo! (*Se arroja bajo la apisonadora en marcha. La máquina le pasa por encima.*)

TESTIGOS PRIMERO Y SEGUNDO (*a un tiempo*). — ¡Cielos!

EL SEÑOR GORDO (*levantándose una vez que pasó la máquina*). — Creo que he tenido una buena idea. (*Mirándose complacido en un espejo de bolsillo.*) He logrado comprimirme bastante.

TESTIGO PRIMERO (*admirado*). — ¡Magnífica inspiración! Está usted tan liso como una hoja de papel.

TESTIGO SEGUNDO. — Su adversario no podrá alcanzarle. Sin embargo, es un tirador consumado; el día que nació

Ayuntamiento de Madrid

(De Lite, de Nueva York.)

su adversario cae con un corcho en el vientre.)

EL MÉDICO (reconociendo al herido). — El tapón ha profundizado bastante. Voy a intentar extraerlo. (A los testigos.) ¿Quién de ustedes me presta un sacacorchos? (Se le alarga uno. Como un mozo de café descorchando una botella de cerveza, el médico coloca al herido entre sus rodillas y tira con todas sus fuerzas del sacacorchos.) Mis esfuerzos son inútiles. (Abandona al duelista taponado y se sume en profunda meditación. Los testigos ensayan por turno, sin resultado, descorchar a la víctima del duelo. El médico, saliendo de su meditación.) Señores, traslademos al herido a la venta próxima. Tengo una idea.

CUADRO TERCERO

La operación.

(La escena representa el interior de una venta vecina.)

EL MÉDICO (al ventero). — Traiga tres botellas de champagne. (El ventero obedece. El médico hace beber al herido las tres botellas.) Ahora, señores, cojan al enfermo por los hombros y por las piernas y agítenlo con fuerza. (Los testigos lo hacen así. Impulsado por el gas del champagne, el tapón salta alegremente en el aire. El médico, a los testigos.) ¡Señores, la operación se ha realizado felizmente!

TELÓN

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

Marquito. Málaga. — Fuh - China. Tarancón. — No sirven sus dibujos.

Flua. — En su dibujo, el fondo está bien; pero el pie y el primer término son muy desgraciados. Eugenio Urieta y Salvador Varo, del regimiento de Artillería de Ceuta, quinta batería de montaña, en Tetuán, quieren madrina de guerra, lo que nos parece muy natural.

A. L. Bilbao. — No sirve.
E. G. C. Vigo. — Demasiado ingenuo.
A. L. Avila. — No sirve su mono.



Dib. CUÉLLAR.

LA SEÑORA. — Oiga, joven, ¿hace el favor de una vajilla como la que nos vendió hace tres o cuatro meses?

Poquita Cosa. Málaga. — ¿No cree usted que sería mucho mejor esperar a que se adiestrase usted un poquitién en el dibujo?

P. Ta. K. Madrid. — Poquita cosa.

A. G. S. Béjar. — Malejo.

A. M. y M. Madrid. — Como versificación, es ríspida y vieja; y como asunto, vulgar nada más. S. M. S. Ceuta. — El que está mejorcillo de dibujo... ¡es tan fuerte! Le tenemos miedo a la ley de jurisdicciones. Eso no quita para que estemos conformísimos.

El Caballo Desbocado. Portugalete. — ¡Idiota!...

Anclitor. Madrid. — Para el chiste final sobran las otras dos cuartillas, que no tienen gracia, con perdón.

T. A. Córdoba. — Se necesita ser inconsciente para hacer una cosa de nuevos ricos, llena de vulgaridades, además.

E. C. — Muy malo, caro amigo.

Camello. Madrid. — Ha hecho usted el paso.

— ¿Has visto Quinito qué mujer tan guapa se ha llevado, siendo él tan feo?

— ¡Sí es feo, sí! ¡Pero usa Licor del Polo de Orivel!

Cárcer. Guadalajara. — M. M. Madrid. — No sirven sus dibujos.

P. G. San Sebastián. — ¿Que por qué no le publicamos los chistes? Pues porque son infames. Además, si aprende un poquiritín de ortografía, no iría mal. Ni se dice *aria*, ni *combeniente*, ni *ago*, ni *benga*, ni otras muchísimas cosas.

Bolet. San Fernando (Cádiz). — ¡Hombrel... Es demasiado fuerte...

B. R. Sevilla. — Se publicará.

Lazarillo. También.

A. C. Santander. — Efectivamente, son impublishables en nuestra moralísima revista. Además, ¿en dónde ha visto usted pantorrillas esponjadas?... (Es una curiosidad.)

Y sobre lo de que la carne es arcilla..., pellizque, pellizque y verá.

L. A. — Inexperto en fondo y forma.

A LOS VERANEANTES

Cuando preparen su equipaje, no olviden incluir entre las cosas indispensables los famosos

POLVOS INSECTICIDAS

de

LEYER Y COMPAÑÍA

Es un consejo que nos agradecerán ustedes cuando disfruten tranquilamente de las delicias veraniegas.



ECONOMÍAS

— Oye, querido, no pidas ostras... Seamos económicos, y así podrás comprarme el collar de perlas de que te he hablado...

(De Le Rire, de Paris.)

Breva. Nador (Marruecos). — Sorozo. Segovia. — F. M. Antolínez. — Alcaraz. Alcázar de San Juan. No sirven sus dibujos.

R. M. Alcanté. — Necesita usted hacer bastantes cosas y romper otras tantas. En literatura no se suele acertar al primero ni al duodécimo golpe. Esto debe de ser uno de sus primeros ensayos, ¿no?

P. G. León. — Naturalmente, puede usted enviar todos los cientos de dibujos que quiera; pero, ahora bien, si quiere ahorrarse dinero, tiempo y tinta..., hágalos un poco mejor, ¿eh?

puede usted hacer cosas mejores que *La conquista del novio*, que reconocerá usted con nosotros que no es un tema muy *nuevísimo*. Envíenos otras cosas.

A. J. M. Madrid. — ¡Besugo! Federico Monfort y José Aguila, de la P. M., segunda bandera, destacados en *Talersit*, desean sendas madrinatas de guerra con quienes sostener correspondencia.

Enrique. — Si no está *fusilado* ese dibujo, está bien. Sólo que lo hace usted a tinta azul clara, y estas cosas deben hacerse a tinta china y a mayores proporciones.

R. A. Madrid. — Admitido. Sam. Ceuta. — Los dibujos son malillos. Siga usted haciendo a ver si acierta. Estas cosas hay que trabajarlas un poquito.

Alfre. Bilbao. — La única que tiene alguna gracia, y eso el pie, es la del pescador. Haga usted otras cosas. Le decimos, como al anterior, que hay que trabajar más las cosas. Así, de buenas a primeras no se sale dibujando bien. No se dan casos, por lo menos. En usted hay condiciones que perfeccionar.

Juan Avalos y Vidal César, sargentos del regimiento de Infantería de Melilla, número 49, segundo batallón, sexta compañía, quieren madrina de guerra, lo que nos parece muy natural.

A. G. Albacete. — La ignorancia es una de las cosas más atrevidas que hay, tanto en Albacete como en los Cuatro Caminos.

M. B. — ¡Qué quiere usted! ¡Hay cosas que no se pueden evitar!

A. G. P. Oviedo. — Al profesor y a usted les haría mucha gracia. A nosotros ninguna.

Dr. Dromedarius. Barcelona. — ¡Qué gana de hacer el camello! ¡Nos ha jorobao!

S. M. Avila. — Los dibujos de S. M. son detestables.

M. L. Madrid. — No sabemos cuál es el más malo de los dibujos que nos envía. Dígame a ¡At...chits! que se arroje.



S. S. Logroño. — El dibujo y el pie son *fusilados*, y eso no está ni medio bien.

José Vicente, cabo del Gabinete Militar de la Alta Comisaría (Tetuán), quiere una madrina de guerra.

Ya saben nuestras simpáticas lectoras que hay un chico que las espera en el gabinete.

Zaraka. Tarazona de Aragón. — Son de muy poca importancia.

J. R. C. Jerez de la Frontera. — Creemos que

No se devuelven los originales, ni se mantiene correspondencia acerca de ellos. Bastará esta sección para comunicarnos con los colaboradores espontáneos.

Prohibida la reproducción de los originales publicados en nuestro semanario, sin citar su procedencia.

Ayuntamiento de Madrid

A. L. G. Madrid. — Unos por una cosa y otros por otra, son impublicables.

Cisco. Madrid. — ¿Para qué se ha calentado usted la cabeza en estas cosas? ¿Es que tiene usted muchas horas sobrantes al día?

UN PRODIGIO

La otra noche, en el circo Americano, ocurrió un hecho que fué objeto de los más favorables comentarios.

En el centro de la pista había un enorme cañón, tan enorme, que dejaba en mantillas a los cañones del 42 que tanto dieron que hacer durante la Gran Guerra. La gente se preguntaba a qué ejercicio estaría destinada aquella *pequeñez*, cuando apareció en escena un hombrecillo insignificante, vestido de un caprichoso traje verde papagayo, diciendo al público que pretendía nada menos que levantar aquella mole ¡con los dientes! Como ustedes comprenderán, el *pitorreo* fué unánime.

Nuestro hombre, sin dar importancia a los rumores que llenaban el local, se encaramó a un trapecio, se colgó de él con los pies, y con la boca cogió el cañón, teniéndolo suspendido en el éter durante dos horas y media. Después, con la más dulce de las sonrisas, dejó el armatoste en el suelo y saludó a los atónitos espectadores, que le hicieron objeto de una clamorosa ovación.

Cuando, calmado un poco el entusiasmo popular, pudo el artista dirigir la palabra al público, no dijo más que lo siguiente:

— Esto puede hacerlo cualquiera, siempre que use, como yo, pasta dentífrica Sanolán.



Dib. VITURRO.

— Siempre he dicho lo mismo: o ser diputado, o no ser nada.

— Hombre, puede usted ser las dos cosas a la vez.

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID

No cabe la menor duda...
Las imitan; pero en vano.
¡Pastillas, las de la Viuda
de Celestino Solano!

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números)	5,20 pesetas.
Semestre (26 —)	10,40 —
Año (52 —)	20 —

PORTUGAL

Trimestre (13 números)	6,20 pesetas.
Semestre (26 —)	12,40 —
Año (52 —)	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre	12,40 pesetas.
Semestre	16,50 —
Año	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre	\$ 6,50
Año	\$ 12,—
Número suelto	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID

APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MAS SELECTOS. SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para teñir en el acto las canas. Sirve para el cabello, barba y bigote. Se prepara para negro, castaño oscuro y castaño claro. Es la mejor y la más práctica.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin teñirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos.



Almendrolina Belleza FINÍSIMA PASTA ESPUMILLA

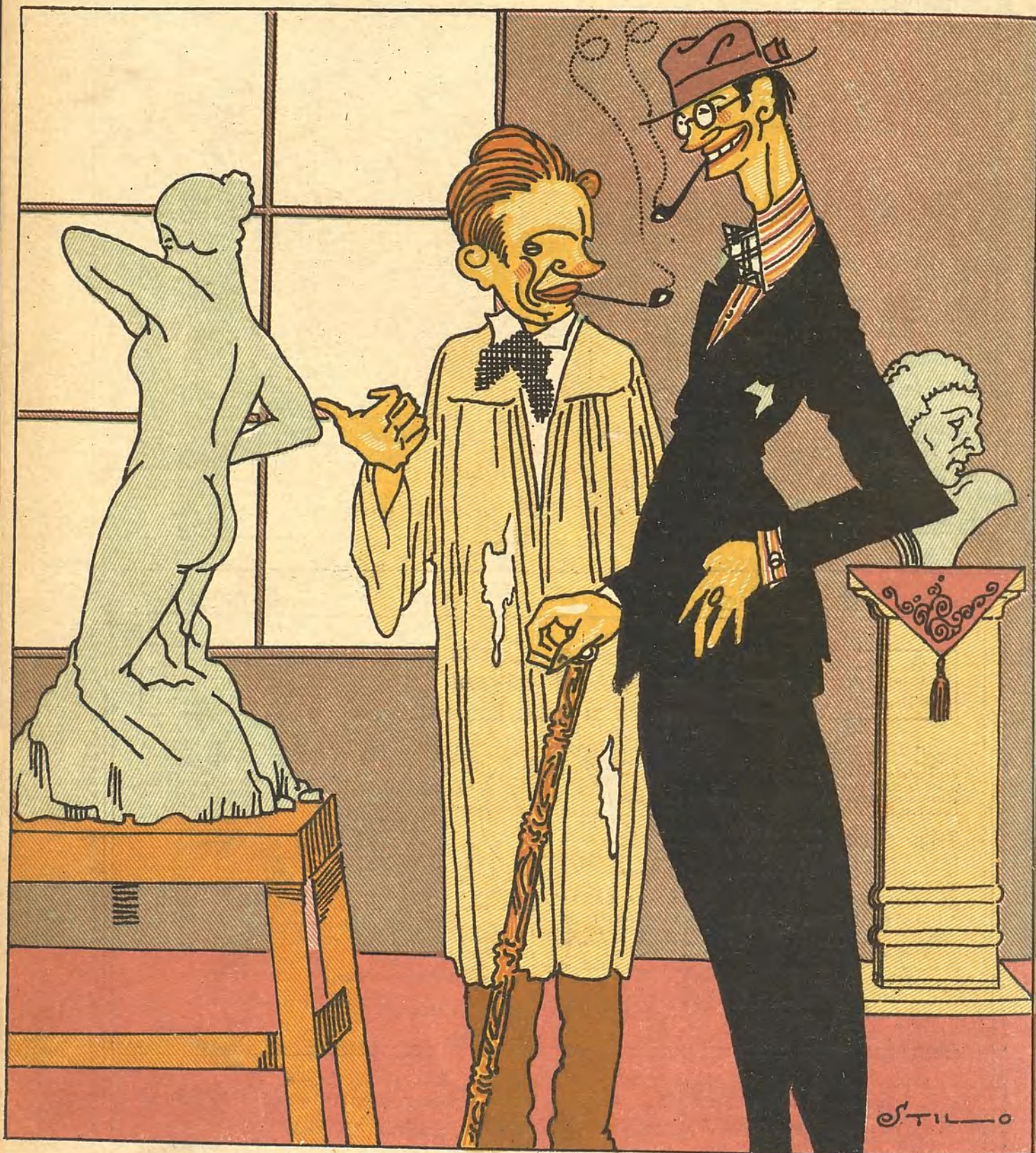
Loción Belleza LÍQUIDA. Tanto de la una como de la otra han informado célebres doctores higienistas que son lo mejor conocido para rejuvenecer y conservar el cutis. Son el secreto de la mujer hermosa. Dan firmeza a los músculos flojos y rostros marchitos, consiguiendo con su uso un cutis envidiable. Son de gran poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, asperezas, barros, etc. Garantizamos están exentas de grasas y aceites, reuniendo las condiciones máximas de pureza. Preparadas a base de almendras y jugo de pétalos de rosa. Finísimo perfume.

Cremas Belleza LÍQUIDA O EN PASTA. Dan al cutis blancura natural y finura envidiables sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (rojeces, manchas, rostros grasientos, etc.), dando al cutis belleza y distinción. Blanca o rosada.

Polvos Belleza Calidad superfin y los más adherentes al cutis.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.— Canarias: droguerías de A. Espinoso.— Habana: droguería de Sarrá, Teniente Rey, 41.— Buenos Aires: A. García, calle Florida, 139.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)



Dib. STILO. — Valencia.

- ¿Y aquella reproducción que tenías de *Las tres Gracias*?
— La vendí. Vino un inglés, me ofreció doscientas pesetas y... le di *Las gracias*.